Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

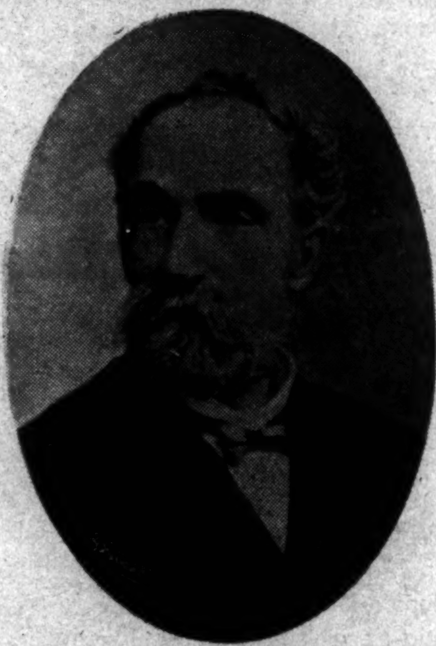
Tomo XXIII | San José, Costa Rica **1931** Sábado 22 de Agosto | Núm. 8

Año XII. No. 552

SUMARIO

El sentido de la profesión

= Discurso pronunciado por Gabriela Mistral en la Colación de Grados de la Universidad de Puerto Rico, 27 de mayo de 1931. =



Hostos

La noble Universidad de Puerto Rico ha querido ceder su palabra en este acto de graduación a un extranjero y por añadidura a una mujer: doble generosidad suya y doble deuda mía a que tengo que corresponder. Para olvidar mi extranjería me ayuda la memoria inmediata de Eugenio María de Hostos, un hombre de Puerto Rico, más un educador de Chile. Mi condición de mujer no tengo ninguna gana de olvidarla. Donde va un grupo de hombres a recibir honra colectiva y algún encargo para la vida, siempre está la mujer diciendo su admiración que le es fácil sentir y expresar, porque ella nació para admirar al hombre. Pero esta alabadora tiene el derecho de dar algunas veces a su alabanza el sabor agridulce de la crítica y de la imposición de obligaciones, porque también ella nació como una guardiana de la vida y como una socia natural de todos los negocios vitales.

Algunos de ustedes me conocerán cierta vieja ternura hacia los países pequeños que tengo dicha respecto de la Bélgica y de la Costa Rica ejemplares. Me gustan no sólo por ser yo hija de pequeño país, sino porque creo en las instituciones a base de calor humano y del frotamiento diario de las voluntades. Creo además en ese tipo de perfección que son las resinas en la botánica y las conchas de mar en la oceanografía, intensas unas y las otras en cuanto a bien labradas y perfectas en cuanto a menudas. Puerto Rico entra en mi conocimiento y en mi aprecio de la mano con aquellos tres países queridos.

Yo agradezco a esta noble Universidad el que saliendo yo de mi trabajo universitario de Estados Unidos me permita hablar y servir a la raza mía aunque sea de paso antes de mi regreso a Europa. Amigos, ustedes saben cómo remueve las entrañas volver a escuchar la lengua propia, y qué faena dulce como bañada en la leche materna es la de pensar para su propia carne, cuando se ama bien la propia carne. Debo, pues, a ustedes desde la pisada en tierra latinoamericana hasta este espacio de aire en que respiran gentes que son de mi casta, de ideología y de mis gestos. Las Antillas constituyen gentes que son de mi casta, de mi ideología y de mis gestos. Las Antillas constituyen ese cuerpo místico que forma una cultura común.

La ceremonia de este día, amigos graduados, es más una confirmación que un bautismo; la confirmación pública de la vocación humanística recibida hace seis años. Mucho más importante que el presente fue aquel acto íntimo, desarrollado sin fiesta, en el que ustedes decidieron verticalmente de la profesión o el oficio que adoptaban. Solemne de veras les parecerá a ustedes más tarde aquel día, igual a todos en apariencia, cuando respondieron al Maestro de los Oficios con el santo apelativo profesional: "ingeniero, médico, químico, profesor y abogado".

Las fiestas sacramentales del tiempo moderno son estas de la decisión vocacional y van adquiriendo más y más trascendencia. El sacro se retira poco a poco de otras fajas de la vida y viene a caer sobre la profesión o el oficio del individuo. Examinen ustedes con ojillo minucioso y jerarquicen los actos civiles. El matrimionio, que significaba una ceremonia terriblemente sería cuando contenía la indisolubilidad del vínculo, ha tomado en el mundo moderno no sé que aire de estación de la vida, y hasta de temporada playera; las funciones políticas, que en los pueblos latinos del sur hacen todavía la calentura de la juventud, se han abajado y desteñido en los pueblos sajones donde la economía reemplaza la política.

Gabriela Mistral en los Estados Unidos

La distinguida poetisa chilena Gabriela Mistral ha estado dando algunas conferencias en la Universidad de Columbia y este verano dicta cursos especiales en Middlebury College, en el estado de Vermont. La obra de Gabriela Mistral era ya conocida en los círculos universitarios de este país, pues el Instituto de las Españas publicó su primer libro Desolación *que fue un verdadero éxito literario como de librería. Para nosotros hispanoamericanos es un honor la presencia de la poetisa chilena en los Estados Unidos ya que la opinión que aquí se tiene de nuestras mujeres no es de lo más elevada y ya que la labor de esta escritora es no sólo de gran valor intrínsico sino también muy fecunda.*

Al terminar sus cursos de verano Gabriela Mistral dará un ciclo de conferencias en diferentes universidades y esperamos como resultado de las mismas un libro jugoso sobre nuestra cultura. Las actividades de la poetisa chilena honran no sólo a su país sino a todo el continente y sería de desear que las otras repúblicas nuestras enviaran a sus mujeres intelectuales a yanquilandia. Por el momento se nos ocurre que Juana de Ibarbourou, Alfonsina Storni, María Alicia Domínguez, Teresa de la Parra, serían las llamadas a suceder a Gabriela Mistral, cuando sus inquietudes cosmopolitas la hagan alejarse de estas tierras.

Yo me atrevería a aconsejar al Ministro de Relaciones Exteriores de Chile que en vez de tener un Cónsul General en New York cuya labor consiste en cortar mis artículos de Repertorio Americano *y de otros periódicos de América para enviarlos—*

(Pasa a la página 114)

Por el contrario, la ocupación humana especializada, el menester profesional, la función intelectual o manual que hace vivir y que da de vivir, han crecido enormemente como indicadoras del rango del individuo.

Y es que tal vez, mis amigos, la única cosa importante es este mundo sea, bien mirada, el cumplimiento perfecto de nuestro menester. Me parece muy probable que la sola exigencia que debamos hacernos a nosotros mismos y la sola que deban los demás hacer pesar sobre nosotros, sea ésta del desempeño cumplido y leal de nuestra profesión.

Iría yo bastante más lejos todavía para asegurar a estos mozos de estación florida, que el oficio es cosa superiorísima al amor y aun al más sólido bloque de amor. Suelo mirar la profesión sin ajadura, sin ningún estropeo de la costumbre, más bellamente bruñida mientras más vieja, verdadera Raquel y Lía a la que embellece cada hijo nuevo en tanto que el cuadro de la pasión amorosa suelo verle tan estropeado del uso, tan ensuciado por las pecas cotidianas del hábito que entristece mirarle el metal innoble que el tiempo rebaja de precio y envilece.

Tiene muchos visos de verdad una afirmación, anónima en mi memoria, y que yo leí hace años. Aseguraba ella que todo el desorden del mundo viene de los oficios y de las profesiones mal o mediocremente servidos. Me dejó la frase rotunda perpleja en un comienzo y después dudando, como se duda siempre de los juicios simplistas.

Así, pues, pensaba yo: ¿no hay otra fuente que esa, de mal colectivo? ¿No existe al lado de ese daño un desquiciamiento espiritual del mundo? ¿No hay problemas sociales de orden económico que causan la desgracia común?

He visto muchas cosas más tarde, por aquello de que ve bastante el que camina, por distraído que sea, y he conocido la cara de casi todas las crisis en varios pueblos, dándome cuenta al final de que el asiento geológico de los males más diversos era el anotado: los oficios y las profesiones descuidadamente servidos. Político mediocre, educador mediocre, médico mediocre, sacerdote mediocre, artesano mediocre, esas son nuestras calamidades verdaderas.

Religión, moral, economía, pedagogía, forman solamente un cortejo ilusorio de la única realidad constituída por el oficio; todo aquello es, si ustedes quieren, un coro anecdótico de tragedia griega que recita con brillo pero que no puede eclipsar al Agamenón o al Prometeo esencial, que se llama el oficio o la profesión.

Con lo cual la profesión se me ha vuelto a mí y quisiera que se les volviese a ustedes, la columna vertebral que nos mantiene la línea humana, la vertical del hombre, y lo demás se me ocurre ser carne servil y a veces muelle, o una decoración de gestos y sonrisas.

Conversaba yo una vez con Ramiro de Maeztu sobre las diferencias que corren entre sajón y latino. Él me marcaba entre otras las siguiente que, al igual de la afirmación anterior, se me quedó hincada en la memoria por la gravedad que arrastra. El latino sería un hombre que suele desarrollar sus morales al margen de la profesión de que vive; el sajón sería casi siempre un hombre que trenza la moral adoptada con su oficio. Maeztu se puso a contarme como los obreros suizo-alemanes de relojería, por ejemplo, consideraban el reloj construído de su mano como una especie de testimonio personal, de rúbrica de su honradez y de piezas de su responsabilidad completa.

Verídica y terrible la observación. Nosotros conocemos tipos bastante opuestos al del relojero suizo. El abogado defensor de pleitos turbios suele pensar que su honorabilidad personal sufre poco o nada de sus defensas deshonestas; el médico torpe, por descuido en sus curaciones, duerme, come y vive tranquilamente, encima de su degradación profesional; el pedagogo que se consiente didáctico del 1800, estima que el no informarse y el sestear sobre pedagogía relevada, no tiene gran cosa que hacer con su probidad de hombre, y en nosotras las mujeres que concedemos importancia segundona a las cosas que no son el amor, este negocio anda más o menos lo mismo. Las excepciones agudas robustecen espantosamente la regla.

Mucho más que el hombre latino, que al cabo cuenta al sabio francés para salvar su déficit, es el latino americano quien ha hecho una cortadura traicionera entre oficio y moral, entre función pública y conducta individual. Hasta tal punto sube entre nosotros esta falta, yendo desde la culpa al delito, que ya el grado universitario o el título oficial dicen bastante poco, y *son más bien aproximaciones que afirmaciones*. Decimos "licenciado", y el substantivo de toda substantividad, no aupa a nadie; decimos "químico", y el apelativo tan técnico no asegura ninguna técnica; decimos "ingeniero", y el jefe de una empresa de minas pedirá al candidato un noviciado de prueba antes de entregarle la dirección de laboreo.

De tal manera, hemos venido a parar en una especie de quiebra del crédito universitario en casi todas partes. Y la Universidad donde quiere que exista debe construir una institución de calidad pura, de apretada selección.

El mal ha abultado tanto que su evidencia pide una enmienda radical y rápida y como es natural la pide de los universitarios mismos que cuando son buenos padecen el daño acarreado por los malos. Se trata de reedificar un crédito caído de bruces y de ponerse a lustrar de nuevo esta noble chafalonía metida en herrumbre, del prestigio de los grados.

Yo me permitiría señalar semejante misión a los jóvenes de cuya graduación soy testigo, en cuanto a vieja amiga de la gente moza, y en cuanto a mujer entrañablemente interesada en esto de la grandeza y la decadencia profesional o gremial. Yo pediría a ustedes que mediten sobre este asunto que yo sólo dejo apuntado con una flecha indicadora, y que se decidan a comenzar una cruzada interior y exterior por la dignificación profesional. Digo interior, porque cada día creo más en que las reformas o salen del tuétano del alma y asoman hacia afuera firmes como el cuerno del testuz del toro, o bien se hacen en el exterior como cuernecillos falsos pegados con almidón. El primer tiempo será pensar la profesión lo mismo que un pacto firmado con Dios o con la ciencia, y que obliga terriblemente a nuestra alma, y después de ella, a nuestra honra mundana. El segundo tiempo será organizar las corporaciones o gremios profesionales, donde no existen, y donde ya se fundaron, depurarlos de corrupción y de pereza, vale decir, de relajamiento. El tercer tiempo, será obligar a la sociedad en que se vive, a que vuelva a dar una consideración primogénita a las profesiones que desdeña y rebaja.

La tercera grada sube blandamente desde las otras dos: a la larga siempre se respeta lo respetable, y se acaba por amar lo que presta buen servicio.

El orgullo del título es hermoso y razonable como el de cualquier campeonato, y yo miro con gusto las caras radiantes de los jóvenes que han venido a recibir en un diploma una especie de nombre nobiliario.

Cada profesión es de hecho un linaje, y saltar de la banca obscura a la platea asistida del reverbero justifica una complacencia, mucho más todavía en la juventud. El linaje de los profesores comienza si se quiere con Moisés, cae sobre Aristóteles el super-didáctico, y sigue serpenteando hacia Rousseau, Pestalozzi y Froebel. El linaje médico, para no mentar sino una más, ha contado ayer a Pasteur y tiene aún a Dios gracias a Ramón y Cajal.

Pero es grave cuidado, como ustedes saben, la guarda de los linajes intelectuales, mucho más escabroso que la de los otros linajes. El peso de la honra que se trae consigo cualquier profesión, vieja o moderna, abruma de obligaciones porque abruma de mérito cumplido.

Amigos míos, es mi deseo que algunos de los nombre que van a pronunciarse en esta sala, entre en la categoría de las iniciales de su rama y vaya derecho a la familia de los patronos de su asignatura. Amigos míos, que yo haya tenido la dicha de ser la madrina ocasional de un químico, de un

---

Gabriela Mistral en...

(Viene de la primera página.)

con sus comentarios al gobierno de mi patria, diera a la Mistral ese puesto consular. Aunque, claro está, una intelectual de la talla de Gabriela, debería representarnos desde Washington. Chile sería así el primer país hispanoamericano en tener una mujer como representante diplomático en el extranjero.

A. Torres Rioseco

Chicago, 1931.

botánico o de un profesor fundamental de aquellos que nuestra raza raleada de hombres de ciencia necesita tanto. Amigos míos, que mis palabras de mujer que no ha buscado en este mundo sino ver el mérito del varón para acatarlo y mimarlo, caigan en algún espíritu de ustedes como un semillón rojo de ambición razonable y de sugerencia ayudadora. La tierra de Eugenio María de Hostos me consiente el que yo deje caer este augurio que parecería desorbitado en otra tierra ayuna de competencia.

Gabriela Mistral

Estampas

— *Colaboración directa* —

Vivimos en un país de crédulos

Cuidado con el chilindrín de los entreguistas taimados!

Realmente hay ruina en toda la comarca. La ciudad, las aldeas, los villorios muestran un estado grande de pobreza. El comerciante y el agricultor son los que más hondamente sufren la conmoción que ha producido la United Fruit Co. con el quebranto de la industria bananera. El banano no es hoy la fuente de oro que influía de tanto poder y hacía de la Bananera el más espléndido de los negocios tropicales. Y como ni los Estados Unidos ni Europa consumen las cosechas, Limón sufre la ruina de su industria más importante. La Bananera ha mermado a los productores una corta por semana, ha dejado de pagarles los diez centavos oro extra por racimo de primera clase, y por añadidura, como es usual en ella, rechaza la fruta que necesite rechazar, por muy llena o por muy delgada. Ni celebra un solo contrato con nuevos productores, ni renueva los que van venciendo. Allí donde puede abandona cultivos y levanta ramales de ferrocarril. El productor languidece y ni siquiera protesta. ¿Ante qué persona, ante qué institución del país podría llevar su protesta? ¿Quién lo escucharía? El país no tiene ánimo para pensar en él. Este productor lleno de deudas, arruinado casi, fue víctima del engaño y de la presión de la Bananera cuando quería sacar contratos del Congreso. ¿No lo vimos dirigiendo memoriales que los propios agentes de la Bananera redactaban y le hacían firmar? En esos memoriales decía al Congreso que era urgente contratar con la Bananera en los términos indicados por ella, porque de otra manera la zona atlántica moriría. Y ahora no podría ese agricultor decir que a pesar de la contratación la zona está en agonía. ¿A quién culparía? Tendría que ser a la Bananera y ésta entonces le acabaría de tapar el respiradero pequeñísimo que le queda y daría con él en el sepulcro. Tampoco el comerciante puede hacer cargos a la Bananera. Él dijo también que en esa Compañía residía la salvación de Limón, porque la mercadería que importaba era vendida a precios que lo favorecían a él y al consumidor pobre. Dijo que no ejercía la Bananera monopolio ninguno del comercio de la comarca y que él vivía y prosperaba al lado suyo. De modo que hoy, en medio de la bancarrota, no puede quejarse. Le queda el consuelo de ver cómo el comercio en grande escala ejercido por la Bananera también mengua y parece que va a desaparecer. Ha cerrado comisariatos en los ramales y el enorme almacén de la ciudad se reduce y se reduce y la mercadería es vendida casi en almoneda. Si oyeran su queja sería para decirle que la crisis es pareja.

La facilidad con que enfilaron al productor y al comerciante en el coro que pedía contratos para la United Fruit Co. nos hace pensar que vivimos en un país de crédulos. Alguien diría posiblemente, viendo la ruina de esta región, que no es tanto de crédulos como de perversos. Pero nos contentamos con nuestro propio juicio, menos despiadado y bueno para hacernos reflexionar acerca de muchas cosas de importancia. Los pícaros han sido, sin duda, los pagados para mover a los crédulos. Por la paga hicieron ver eras de ruina si no se daban concesiones a la Bananera. Por la paga prometieron eras de prosperidad si se daban esas concesiones. Pero por repugnante que parezca la conducta de esas falanges que en todas partes mueven los intereses que quieren sacarle concesiones a los países, no nos despierta tanta reflexión como la credulidad de los pueblos. Es una tragedia inmensa esa de los pueblos reducidos a la explotación mediante el engaño. ¿Cómo pueden defender sus riquezas naturales si desconocen el valor de ellas? Ignoran el valor de la tierra y permiten así que el criollo vivo y el extranjero dominador se la vayan arrebatando lentamente. Una penetración tan ostensible y ruidosa como la de la United Fruit Co. ha sido indiferente a la curiosidad de nuestro pueblo. Nunca se ha preguntado por qué esa Compañía ha podido adueñarse de toda nuestra zona atlántica. Ni siquiera le ha interesado saber si se ha adueñado o no. Desconoce los peligros de estas organizaciones formidables y no se da cuenta ni cuando clavan la primera estaca, ni cuando han arraigado para no salir más de nuestro país. Cuando los taimados le suenan el chilindrín en dirección de las promesas se levanta medio sorprendido, pero es para seguir al taimado. Si no hay promesas entonces no hace movimiento alguno y los intereses del taimado imponen su penetración. ¿No es terriblemente alarmante este estado? Podría decirse que no debe exigirse a los pueblos la penetración que está confiada a los gobiernos y a las clases de cultura un poco más pulida que la de los pueblos. Es cierto en parte, porque el pueblo reacciona en la medida de la cultura recibida. Pero entonces la observación nos hace pensar en que los gobiernos pasean sus aspiraciones también en un mundo de credulidad repugnante. Y a las situaciones a que conduce la credulidad como norma de gobierno! A los desbarrancaderos a que precipita a las clases llamadas cultas!

¿Qué protecciones tiene un país cuando no hay quien le señale los males que acechan y preparan esclavitudes? Muy pocas, sin duda. Pero son todavía menores cuando teniendo quien lo haga, no escucha y sigue indiferente, o si aparenta interés es para seguir a los que lo dañan y le pudren su libertad. ¡Cuánto se dijo en contra de las pretensiones de la United Fruit Co.! ¡Cuánto se viene diciendo desde que se ha visto en esta compañía la voracidad de los monstruos! Y sin embargo, la batalla la ganaron sus agentes que mintieron, que amenazaron, que acudieron a todos los recursos para triunfar. La reflexión va ahora hacia otro de los grandes asuntos que el país está resolviendo: el de la electricidad nacionalizada. Tanto la Electric Bond and Share Co., como la United Fruit Co. son hidras con el cuerpo en guaridas de los Estados Unidos y con cabezas en Costa Rica. Si nuestro pueblo vigilara estaría haciendo el paralelo entre esas dos compañías. Tendría por delante la experiencia de tantas décadas de dominio de la Bananera y no permitiría nunca que la Electric Bond and Share Co. pudiera repetir esa historia de funesta penetración. Porque todas estas organizaciones mercantiles extranjeras que sirven a la política de expansión de sus naciones, usan idénticos métodos de penetración. Llegan a difundir el principio de servicio. Quieren servir a los países, traerles civilización, ayudarlos a que desarrollen sus riquezas naturales mediante los adelantos de la ciencia. Siempre la ciencia esta ofreciendo adelantos pero son los adelantos para hacer irrompibles las cadenas con que se domina y se sujeta a la esclavitud a los pueblos. Con ellos nos vienen y nos van arrancando concesiones que sirvan para que la civilización de que son portadores, se riegue y nos vincule a obras fecundas. La imaginación de los agentes de organizaciones esclavizantes estilo United Fruit Co., y Electric Bond

and Share Co., es pródiga en ofrecimientos. Y como somos crédulos vamos cediendo cuanto piden. Si hace treinta o cuarenta años, cuando la Bananera empezaba a planear su dominio, alguien hubiera dicho que se la limitara y no se la dejara marchar sin leyes severas y de inmensa previsión, los crédulos habrían pateado enfurecidos. La Bananera venía a sanear esta costa atlántica, a sembrar bananales y convertir los terrenos malsanos en emporios de riqueza. Y como venía a servirnos, a civilizarnos, había que tenderle la mano generosa y protectora. Desde entonces esa mano del país está tendida hacia la Bananera, pero ésta con maña y desvergüenza le ha atado su carlanca y por ella la domina. Pues no ocurrirá nada diferente con la Electric Bond and Share Co. si pecamos de crédulos y seguimos sumisos el chilindrín que los taimados a su servicio nos suenan por el rumbo de las promesas. La más tremenda de las esclavitudes está esperando en un futuro cercano la vileza que ahora comentamos. La previsión de unos hombres y su gran capacidad de sacrificio ha dado a Costa Rica legislación que ciñe a la Electric Bond and Share a un freno mular. Pues debemos defender esa legislación de las acechanzas de otros hombres contratados por la misma compañía eléctrica para acabar con ella y sembrar la confusión. Cuando la confusión se produzca la Electric Bond and Share espera clavar estacas que nunca volverán a salir de nuestro suelo. Veámosla cómo aparenta estar llena de un empeño de servir la electricidad del país. Quiere darnos luz mejor y calefacción que en nada tenga que envidiar a la que disfrutan aquellos países que se aprovechan de todos los adelantos de la ciencia eléctrica. Y por servicio tan grande en nada aumentará sus precios. Quiere embellecer nuestras calles con posterías elegantes y redes casi invisibles. Ha venido a servir a Costa Rica y por este empeño trabaja día y noche. Pero si ahora creemos en esos embustes y no vigilamos y descubrimos los fines reales de la llegada de esta funesta Compañía, muy pronto estaremos pegados al dogal que nos tiene preparados. Volvamos los ojos a esta zona atlántica. Aquí tenemos el más grande de los espejos. Veamos la obra de un pueblo crédulo que confía a los mentidos ofrecimientos de una compañía organizada para la explotación y el dominio, toda una región en la cual está la única salida al mar más importante. Y si es todo esto trágico y horrendo, aprovechémoslo para evitar que la Electric Bond and Share repita la experiencia. No creamos en los propósitos de servicio con que aparenta haber venido. Lo único que persigue es adueñarse de la electricidad y sus medios de producción para que el país quede perpetuamente esclavizado. No creamos tampoco en lo de Limón puerto franco. Esta es otra de las grandes trampas que se nos presentan. La credulidad nacional estimulada por los taimados que todo lo entregan, no debe despertar a hacer coro a la farsa nueva. Pensemos en los grandes, en los enormes peligros de toda invasión efectuada por las organizaciones mercantiles y políticas del Norte.

Juan del Camino

Limón y agosto del 31.

Bibliografía titular

(Registro semanal, extractos y referencias de los libros y folletos que se reciben de los Autores y de las Casas editoras)

El Nº 9 de *Foreign Policy Reports*, New York City, correspondiente al Vol VII y al 8 de julio pasado, trata de:

The United States and Central American Stability.

Nos toca muy de cerca por lo de los Tinoco. Autor: Raymund Leslie Buell, bien conocido. Se lo hemos pasado a nuestro colaborador *Juan del Camino*.

Del poeta militante y mexicano Germán List Arzubide (Avenida 18 Poniente 507. Puebla, México), nos llega esta obra:

La lucha contra la mentira religiosa en la U. R. S. S. Ediciones de la Federación Ateísta Mexicana. 1931.

Copiemos esta Dedicatoria sugestiva:

A la memoria de los campesinos y obreros y soldados, caídos en los campos de Jalisco, Michoacán, Nayarit, y Colima, durante los días de la lucha religiosa en México. Lucha estéril, estúpida y malvada vendida al imperialismo yanqui, que derramó sangre proletaria para afirmar el negro poder de la Iglesia Católica.

Por el día verdadero de la liberación.

De la poetisa portorriqueña Martha Lomar:

Los dos primeros títulos de sus Obras Completas: *Silabario de espumas* y *Vejez Sonora.*

En prensa: *Rendimiento.*

De Concha Espina (Goya, 103. Madrid):

Un ejemplar de la séptima edición de la novela: *La Esfinge Maragata.* "Renacimiento". Madrid. 1931.

Nos remite A. Pereira Alves (Comanayagua, S. C. Cuba) este folleto:

Reflexiones sobre nuestra política latinoamericana. 1931.

Nuestro colega y colaborador Hernán Zamora Elizondo saca la edición segunda de su *Orientación Literaria.* Texto oficial de preceptiva literaria, de acuerdo con el Programa de Segunda Enseñanza. Lo prologa y recomienda el Prof. Dobles Segreda. Imp. Alsina. San José, Costa Rica. 1931.

Ya es nuestro amigo el poeta mexicano F. González Guerrero (Ave. Michoacán Sur, 107. Mixcoac, D. F. México) y nos ha remitido estas intresantes obras:

Panchito Chapopete. Retablo tropical o relación de un extraordinario sucedido de la heroica Veracruz. Maderas originales de Ramón Alva de la Canal. Es de Xavier Icaza. Editorial CULTURA. México. 1928.

Mariano Silva y Aceves: *Campanitas de Plata* Libro de niños. Maderas originales de Díaz de León. Editorial CULTURA. México. 1925.

A. González Guerrero: *Ad Altare Dei.* 1912-1922. Editorial CULTURA. México. 1930.

Rubén M. Campos: *El folklore literario de México.* Investigación acerca de la producción literaria popular (1525-1925). Copiosa recolección de adivinanzas, anécdotas, canciones, coloquios, corridos, cuentos, epigramas, fábulas, glosas, juegos infantiles, leyendas, loas, etc. Obra ilustrada con tipos, escenas y paisajes populares, retratos de poetas y escritores folkloristas y propagadores del folklore. Publicaciones de la Secretaría de Educación Pública. México, D. F. 1929.

Recomendamos a los estudiosos de nuestra historia americana esta obra:

Oscar Efren Reyes: *Historia de la República.* Esquema de ideas y hechos del Ecuador, a partir de la emancipación. Quito. Ecuador. Imp. Nacional. 1931.

Del autor la recibimos, muy honrados con eso.

Con el autor: Aptdo. 462. Quito, Ecuador.

Los nuevos libros que CENIT ha entregado a sus numerosos lectores últimamente:

Ramón J. Sender: *O. P.* (Orden Público). Editorial Cenit. Madrid. 1931.

En la serie "La novela proletaria".

Fernando Lasalle: *¿Qué es una Constitución?* Con una introducción histórica de Franz Mehring. Traducido del alemán y prólogo de W. Roces. Editoral "Cenit". Madrid. 1931.

En la serie "Panorama".

Henri Barbusse: *Rusia.* Traducción de Angel Pastor. Editorial "Cenit". Madrid. 1931.

En la serie "Crítica Social".

Hermann Hesse: *El lobo estepario.* (Sólo para locos). Traducido del alemán por Manuel Manzanares. Editorial "Cenit" Madrid. 1931.

En la serie "Novelistas nuevos".

María Leitner: *Hotel América.* Traducido del alemán por Emilio R. Sadía. Editorial "Cenit". Madrid.

En la serie "La novela proletaria".

De la Editorial APOLO, de Barcelona, hemos recibido:

Mi amigo *Robespierre*, por Henri Beraud. Traducción de F. Susanna.

De Javier Morata, editor, Madrid:

A. Austregesilo: *Consejos prácticos a los nerviosos.* Madrid. 1931.

A. Austregesilo: *Ascensión espiritual.* Psicoterapia filosófica. Madrid. 1931.

De la *Librería Fernando Fé*, de Madrid nos llega:

Elías Erenburg: *El amor de Juana Ney.* Versión española de Manuel Pumarega.

En las excelentes Ediciones HOY. Madrid.

De la conocida Editorial CERVANTES de Barcelona, hemos recibido el *segundo tomo* de

Teodoros Dostoieuski: *Los Karamázov.* Traducción directa del ruso de Nicolás Hartong. Barcelona. 1931.

De los autores:

¿Por qué soy liberal?, por L. E. Nieto Caballero.

Tomo I de la serie "Autores Colombianos". Librería Nueva. Bogotá. 1931.

El único bien (Novela), por Domingo Brunet. Rosso, editor. Buenos Aires. 1930.

Con el autor: Calle 19 de Mayo, 430. Buenos Aires. Rep. Argentina.

Carta a Victoria Ocampo

En Buenos Aires

— Envío del autor —



En Heredia

Por *Amighetti.*

He leído los dos números de *Sur*, Victoria Ocampo, y he recordado al punto nuestra conversación en Lima y la carta de Waldo Frank sobre los propósitos de usted. Iba usted a emprender una tarea admirable: publicar la revista que coordinara y dirigiera los esfuerzos artísticos, culturales de Nuestra América. Nadie mejor que Victoria, me decía Waldo, para esta empresa. Fue grande contratiempo que no pudiese usted conversar en La Habana con Mañach, Marinello y el grupo de *1930*. En Lima, dentro de la vertiginosidad de treinta y seis horas, conoció usted algunos escritores y pintores: recuerdo que vimos la obra magnífica de José Sabogal. De Chile me escribieron refiriéndome que había usted cambiado ideas con el grupo *Indice* en donde Silva Castro, Picón Salas, Latchman, Sánchez, Latorre y los demás compañeros batallan sin descanso y, aun, sin el buen éxito que sería deseable. Después, *La Vida Literaria* de nuestro amigo Glusberg me informó de su llegada a Buenos Aires, y la ratificación de su propósito de una revista americana. Alfonso Reyes me anunciaba lo mismo. Estaba tensa América literaria para recibir su revista. Y su revista ha aparecido, su revista, Victoria, pero nosotros le pedimos la nuestra, la que proyectaba usted en Europa, en Nueva York, en Buenos Aries. La que, naciendo bajo la invocación de Frank, debiera ser carne nuestra y alma nuestra, grito de la gente nueva, pero no mero grito estetista, sino grito vital, que sobrepase los límites de lo exclusivamente artístico, en el sentido virtuosista, y que llegue a lo artístico hondo, es decir, a la raíz misma de nuestra vida y y al fondo de nuestra sensibilidad y nuestros deseos.

Después del segundo número, que yo esperaba con viva ansia, quiero escribirle, Victoria Ocampo, para decirla lo que pensamos en Perú, Chile, Argentina, Brasil y, también en Nueva York, muchos amigos y admiradores suyos. Lo hemos comentado previamente con tímida esperanza, y ahora queremos serle sinceros. Iniciados por usted misma en el misterio de su revista, nos sentimos ligados a la idea en un amor de tío viejo por el sobrino botarate. Botarate, sí, Victoria, pero no de vitalidad, que es la única prodigalidad digna de elogio y ejemplo.

Sur se titula, como esperábamos, la revista, pero nos hallamos con que pudiera ser *Occidente*. Y de esto a la *Revista de Occidente* de Ortega y Gasset, la distancia no es mucha. Y de la revista de Ortega a la *Nouvelle Revue Francaise*, a *Bifur*, no hay mucho camino por recorrer. Y nosotros, Victoria, vivíamos con la espectativa de algo nuestro. Apenas si en el segundo número aparece la silueta robusta de Diego Rivera, pero disfrazada por Torres Bodet, y las cartas de Güiraldes, sombra gloriosa y sin segundo, destilan, en los dos números su penetrante aroma de americano que resistió fundirse, como *Raucho*, con el francés, así fuera éste nuestro amigo Valery-Larbaud. Son detalles, Victoria, que no restan el aire europeo de *Sur*, y contra el cual protestamos los que bienqueremos a Nuestra América y los que confiamos todavía en lo que usted, con su inteligencia, su tacto y su fervor, ha de realizar sin duda.

Crea que estoy muy lejos de insurgir contra lo europeo. Lector de Hegel, he aprendido en su filosofía de la historia a amar altísimamente el valor humano y trascendental de América, pero sé que nos falta método sin sentido cartesiano. Aquello que en Frank es pasión indeclinable, la persecución del método, la hemos sentido cuantos tratamos de entrar en el corazón mismo de América. Hemos sorprendido allí una riqueza inédita, pero ayuna de disciplina, de orden. Con método europeo, pero realidad americana, llegó nuestro José Carlos Mariátegui a comprender las necesidades de la hora que vivimos. Con método europeo y fervor revolucionario ruso logró Lenin preparar su triunfo, y hoy mismo Joseph Stalin aconseja, como fundamento del leninismo, como su estilo, dos elementos: el impulso revolucionario ruso y el espíritu práctico de los norteamericanos, de donde ha surgido el formidable Plan Quinquenal. En Ricardo Güiraldes, una coincidencia más de nuestro gusto, advierto el contenido americano y el método europeo. Frank confiesa lo que debe a Francia, Inglaterra, Alemania en la tarea de depurar su espíritu, adiestrándolo para la tarea que hoy realiza.

Pero, la conjución de contenido americano y método europeo ¿aparece acaso en Drieux de la Rochelle, Leo Ferrero, Ernest Anserment, y aun Jules Supervielle, miembros del "Consejo Extranjero" de *Sur?* Y más aún, es posible que los solos nombres de Jorge Luis Borges, Oliverio Girondo, Mallea, González Garaño y Bullrich, sin contar a de Torre, sean suficientes para garantizar el americanismo auténtico de la revista que nosotros creíamos intérprete de nuestro espíritu? Evidentemente, no. Y quiero decirle todo cuanto pienso, porque me parece un deber imperioso cooperar con usted, que tiene el noble empeño, la vocación, la capacidad y los medios, de cumplir tan alta misión. Mi crítica la inspira el más sano deseo de contribuir a la obra común a la que hemos entregado nuestras vidas, cada cual en su terreno y en su campo propio, pero coincidentes en la línea general. Nos puede separar la "táctica", como dicen los bolcheviques, pero estamos unidos, en la "estrategia", es decir, en la finalidad última y en el deseo más ahincado y alto.

Yo no concibo una revista *Sur*, en cuya directiva no aparezcan Juan Marinello, Jorge Mañach, Féliz Lizaso, Juan Ichaso, los magníficos pilotos de *1930*, suspendido hoy por voluntad orgullosa y limpia de sus directores que no transigen con el medio, y que, artistas efectivos, no se sienten al margen de la inquietud política y social de su país. No concibo que falten del elenco motor, Baldomero Sanín Cano, o Germán Arciniegas, por Colombia; Mariano Picón Salas, Fombona, Gallegos, o Blanco, por Venezuela; Silva Castro, *Alone*, Latchman, Donoso, Barrios, Latorre, Edwards Bello por Chile; Zavala Muniz, Filartigas, Gallinal, Zum Felde, Vaz Ferreira o cualquier otro igual, por Uruguay, y don Joaquín, ese gran don Joaquín García Monge, central comunicadora de Nuestra América, por Costa Rica. Esto de un lado. Y yo, por otro lado, no confío en la aparición de un nuevo americanismo epidérmico, como el del 900, a base de estampas.

El americanismo es, para mí, emoción, anhelo, impulso. La decoración no importa nada. Jorge Luis Borges interpreta acuarelas bonaerenses, pero ¿eso es Buenos Aires? Güiraldes dió mucho menos al paisaje de la pampa que al hombre interior, y

así nació *Don Segundo*, blasón de nuestra literatura. Eustacio Rivera pudo describir mucho, si hubiera sido Chocano o cualquiera de los neoamericanistas de litografía, pero le sedujo más el problema humano, y nos dió *La Vorágine*. Lo propio ocurre con Mariano Azuela. El americanismo no está en el paisaje sino en el hombre. Nuestro problema, nuestra preocupación, nuestra inspiración auténticamente americanas, son el hombre americano. Nuestra realidad distinta es el hombre. Selva como nuestra selva pudiera hallarse en el Africa; cumbres como nuestras cumbres, en Asia Central; llanos como nuestros llanos en Asia septentrional, en Africa del norte; pero nuestro tipo de hombre, su pensamiento, su sensibilidad, su manera peculiar de enfocar los problemas del universo eso lo llevamos dentro, y eso sólo lo sabemos nosotros. Fracasan por eso, aunque su aporte sea meritísimo, Ortega y Keyserling, y, en cambio acierta Frank.

La cultura es acicate, pero, a veces, lastre, y otras, peso muerto. Nuestra admiración intelectual es nuestra, pero debemos a América nuestra sensibilidad y nuestra molicie. Yo admiro profundamente a Ortega, a Keyserling a Giraudoux, a Shaw, a Joyce, a Proust, a Rilke, a Lytton Stracchey, a Mann, a Gladkov, a Klabund, a Leonov; mas no creería que ellos pudieran ser intérpretes de nuestro Sur. Ni siquiera Valery Larbaud y Montherland que nos sienten algo. Cabe argumentar que vulgarizarlos es contribuir a educarnos en el método europeo. Casuismo sutil, y no más. Existen muchos líderes literarios entrenados en la disciplina europea, y hay que verles justamente, en función de americanos, usando de tal adiestramiento. Y, además, América necesita dejarse oir directamente, sin intermediarios. Los viajeros o conferenciantes son muy útiles, pero nos están suplantando por medio de sus visiones antojadizas de América. Así como los franceses forjaron una España de pandereta, cuya culminación es el célebre título de Barrés—"Du sang, de la volupté et de la mort"—así los conferenciantes se ocupan en amasar hoy una América patética y unilateralizada, en reemplazo—ventajoso, claro está—de la salvaje y emplumada de antaño.

Y nosotros, Victoria Ocampo, amiga a quien respeto y escritora a quien admiro de veras, debemos hacernos oir con nuestro propio acento. Contribuya a ello, Beatrice de esta nueva Comedia, y hagamos realidad el consejo de aquel amigo que, desde Nueva York, insiste tenazmente en que aprendamos a utilizar el método europeo para fines americanos. Es decir, para salvar nuestra verdad espiritual. La esperamos, Victoria Ocampo.

Luis Alberto Sánchez

Lima, junio de 1931.

Persiflage

—Colaboración directa—

Procesión de Emperadores

Para *José Vasconcelos*, filósofo mexicano, el primer plotinista de habla española, maestro excelso, a quien no hay que confundir con el político del mismo nombre y época y país, su contrario y enmudecedor . . .

Cuando Antonio abandonó a su esposa Octavia, ya era presa del sortilegio fatal de Cleopatra. No sin razón murmuróse en Roma que el demi-César pretendía trasladar a Alejandría la capital del mundo, y proclamar a Cesarión, el hijo de la egipcia, heredero de Roma. Roma toda se conmovió. Octavio surgió entonces como campeón supremo de la ciudad eterna y del Oeste contra el Este. Cerca de Actium, promontorio de la costa occidental de Grecia, su escuadra trabó combate con las escuadras aliadas de Antonio y Cleopatra. Cuatro años más tarde, regresa victorioso a Roma. Ha subyugado a Egipto por completo. Con el suicidio de Cleopatra se extingue la dinastía de los Ptolomeos, y el antiguo país padre de las civilizaciones mediterráneas queda reducido a Provincia del Imperio Romano. Todo indica que el Occidente ha triunfado. Pero una visión más sutil de estos grandes acontecimientos quizás pueda revelarnos que ese triunfo fue vacío.

Lucha entre Oriente y Occidente. ¿Por qué luchaban? Sospecho que no sólo por el poderío temporal; que algo había más fundamental en ese antagonismo, a saber, una idea mortalmente contraria a otra idea, que no sólo hombres ambiciosos de cetro contra hombres de igual ambición. Me atrevo a proponer que, pese al triunfo hermosísimo de Octavio a su llegada a Roma,—triunfo que fue a la vez exequias de la República y proclamación del Imperio,—en Actium, el 31 A. C., ganó Cleopatra.

Indecisa aún la batalla la Serpiente del Nilo viró proa en huída. Los cincuenta barcos de su armada la siguieron. Antonio, al percibirse de que se retiraba, voló en pos de ella en rapidísima galera, la alcanzó, y, por dormir una vez más entre sus brazos morenos, no quiso acordarse del conflicto ni de Roma, contento con ser sólo hombre. La batalla, pues, la ganó Octavio fácilmente. Pero Antonio era la vieja alma cuerda de Roma, y esa alma de Roma estaba por entero subyugada por la magia de los ojos egipcios.

Merivale(1) asevera que la obra de Octavio, el establecimiento del Imperio, "fue la más grande obra política realizada jamás por hombre alguno. Los triunfos de Alejandro, de César, de Carlomagno, ni de Napoleón, no pueden ni por un momento compararsele". Es osado decirlo pero me parece la verdad y digo que la base del Imperio octaviano fue la idea de que el hombre puede deificarse mediante el poder.

(1). En su *History of the Romans under the Empire* (Appleton, Nueva York, 1862-65. 7 vols.).

Si a Octavio le tentó el título de rey, no lo tomó para sí porque sabía que, desde los Tarquinos, le era odioso a los romanos. Si de hecho estableció una dictadura férrea, el título de dictador le repugnó también, porque sabía que le repugnaba a los romanos desde la aventura de Sulla. Adoptó, pues, el título de *Imperator*. Pero la idea que he enunciado como base de su imperio nos la revela el sobretítulo y nombre de Augusto que se hizo dar por el Senado y que hasta entonces les estaba consagrado a los inmortales dioses. El hombre Octavio asumía así divinidad. Entonces fue cuando cantaron los supremos poetas latinos. Roma se volvió suntuosa, encarnación del desmedido orgullo de los hombres. "Hallé a Roma ciudad de ladrillo", pudo decir Augusto, "y la convertí en ciudad de mármol". Cuando, en el 14 de nuestra era, murió Octavio, el Senado le decretó culto divino. La deificación del poderoso, la idea de que el hombre por medio del poder se vuelve Dios, fue la locura romana; la locura de Tiberio, hijastro y sucesor de Octavio, la locura de Gayo César, la locura de Claudio, la locura de Nerón, la locura de Galba, de Oto, y de Vitelio, la locura de Vespasiano y de su hijo Tito, la locura de Domiciano, la locura de los cinco "buenos emperadores"—Nerva, Trajano, Hadriano, y los dos Antoninos, Aurelio Pío y Marco Aurelio,—la locura de Comodo, la locura de Pertinax, la locura de Didio Juliano, la locura de Séptimo Severo, la locura de Caracalla, la locura de los Treinta Tiranos, y, finalmente, la locura de Diocleciano quien convirtió el Imperio en franca monarquía asiática,—comienzo de la manifestación del triunfo del Oriente,—hasta que recobró el juicio el mundo en la persona del emperador Constantino con el triunfo definitivo de la idea oriental.

¿Qué idea oriental? La de que el hombre no es ni puede ser Dios. Que el poder no diviniza. Que la grandeza material no deifica. Que para llegar a Dios otro es el camino.

Jamás antes había llegado el hombre a tener tan elevada conciencia de su dignidad y de su superioridad sobre la naturaleza como en el período que abarca el catálogo de emperadores que hemos hecho. Especie de dios se sintió Augusto cuando daba de comer a más de doscientos cincuenta mil conciudadanos suyos que no querían trabajar, sintiéndose, ellos también, especie de dioses. Especie de dios se sintió al convertir su ciudad de ladrillo en la ciudad de mármol que está grabada en la imaginación del mundo. Especie de dios, de nuevo, al regalar a Roma con los espectáculos del circo.

En el 1595 fue descubierto en Ancyra, ciudad del Asia Menor, un templo en ruinas, y en los muros de este templo una inscripción en griego y en latín copia de la leyenda colocada frente al mausoleo de Augusto en Roma, que se había perdido. *Res Gestae Divi Augusti* se llama ese relato de los hechos del divino Augusto en el que Octavio, su autor, se jacta de este modo: "Tres veces en mi propio nombre, y cinco en los de mis hijos y mis nietos, he dado exhibiciones de gladiadores, en las que han luchado diez mil hombres . . . Di al pueblo el espectáculo de una batalla naval allende el Tíber donde ahora es la arboleda de los Césares. Con este fin cavóse una extensión de mil ochocientos pies de largo por mil doscientos de ancho. En esta lucha treinta barcos de filosa prora, trirremes y birremes, se revolvieron en pelea, además de muchos barcos menores. Sin contar los remadores, tomaron parte en esta batalla alrededor de tres mil hombres". Pretenciosa Roma proclamaba esas sangrientas fastuosidades por todo Oriente[2], y el Oriente, sagaz, sabio, tenaz, dueño de la verdad, enviaba a Roma profetas y sacerdotes, dioses y cultos, filósofos y místicos. Octavio debe de haber comprendido lo que el Oriente pretendía cuando con tanta fiereza quiso abolir en Roma toda influencia religiosa oriental y renovar la antigua religión romana con su gallarda persona entre los dioses.

Los demás emperadores siguen el mismo curso de Octavio. Especie de dios sintióse Tiberio, no cabe duda, cuando puso en vigor la *Ley de majestad* que hacía crimen, blasfemia, hablar palabra descuidada o siquiera pensar contrariamente respecto del soberano. Especie de dios cuando dijo, "¡ No me importa que el pueblo me odie, con tal de que apruebe cuanto hago!" Especie de dios sintióse Gayo César—¡ Calígula !— cuando hizo cónsul romano a su caballo, la blasfemia más grande contra la divinidad. Claudio debió sentirse algo divino cuando hizo construir el famoso acueducto. ¿ Y qué si no dios se sintió Nerón en todo tiempo? Cuando un incendio de seis días y seis noches redujo a cenizas la mitad de Roma, Nerón reconstruyó la ciudad embelleciéndola. Para sí hizo construir *Domus Aurea*, y al instalarse en ella exclamó significativamente, "¡ Así conviene que esté alojado un hombre divino!".

Pasemos en silencio los reinados de Galba, Oto, y Vitelio. La locura de endiosamiento asume en ellos carácter epiléptico. Con Vespasiano la locura persiste, y su hijo Tito destruye el Templo de Jerusalén y la ciudad sagrada como joven dios que vence a dios antiguo y le destruye su fortaleza. Domiciano, hermano y sucesor de Tito, odia y persigue a los cristianos porque rehusan adorar sus efigies que él ha levantado en altares. Hay una tregua durante los cinco "emperadores buenos", pero es sólo en apariencia. Así, Trajano hace perseguir a los cristianos en el Asia Menor con rencor de divinidad celosa, y hasta Marco Aurelio, el filósofo de las *Meditaciones*, no está exento de la tara fatal, díganlo si no Justino de Roma y Policarpo de Esmirna, ambos Padres de la Iglesia, martirizados en tiempos de este "buen emperador".

La locura se intensifica en Comodo, hijo de Marco Aurelio y último de los Antoninos, quien supera con sus exhibiciones la sanguinaria magnificencia de Augusto. Un día viste piel de león y se arma de potente maza para bajar en persona a luchar contra los gladiadores en la arena. Los gladiadores se defienden y le atacan con esponjas que semejan rocas. Comodo despiadado les da muerte. La canalla le vitorea. El Senado le otorga el título de Hércules Romano y le vota los sobrenombres de Félix y de Pío . . .

Cuando Caracalla asesina a su hermano Geta y le ordena a Papiniano que redacte un argumento público que vindique el fratricidio, éste responde que es más fácil cometer que justificar tal crimen. Papiniano es por consiguiente asesinado. Papiniano era jurisconsulto que no teólogo. A Dios no se le juzga: se le justifica. Y quien no lo comprende así tiene la muerte merecida. A Caracalla siguieron los Treinta Tiranos hasta el 268. En ese mundo vivió y sintió y pensó Plotino. Había nacido,—siendo emperador Severo, padre de Caracalla y Geta,— en el 205 y en Licópolis de Egipto, y debía morir, en el sur de Italia, en el 270.

La filosofía de Plotino ha sido tenida como la consumación más elevada del pensamiento griego. En cierto modo, sin embargo, es su negación más rotunda. Jamás fue la ciencia tan menospreciada por los dirigentes de la cultura como en los círculos en que prevalecía el neoplatonismo. Desde el punto de vista de la investigación empírica del universo, la filosofía comenzó a declinar, muertos Platón y Aristóteles, con el neoaristotelismo, y se puso en la oscuridad del neoplatonismo. Pero desde el punto de vista moral y religioso, el neoplatonismo es la cumbre más alta a la que llega el pensamiento antiguo. Era inevitable que este progreso se hiciera a costa de la ciencia. La lucha entre el Occidente y el Oriente era lucha entre la materia y el espíritu. La ciencia, obviamente, era del partido materialista. La filosofía, colocada en medio de ese conflicto de fuerzas, titubeó largo tiempo sobre qué camino seguir, pero hubo de decidirse por la religión, esto es, por la mayor de las fuerzas antagónicas, a conciencia de que si no destruía a la ciencia materialista ésta destruiría a la religión y la destruiría a ella misma. Con el triunfo de la religión se sobrepuso a todo el desprecio por la razón y por la ciencia, y el inevitable resultado de esto no podía ser otro que el imperio en las conciencias de la superstición más crasa, y el sentimiento humano de impotencia absoluta frente a toda especie de fantasmas. El neoplatonismo fue floración. Al caer esa flor ¿qué fruto comenzó a madurar? ¡La barbarie! Recobrar un equilibrio razonable fue la tarea del cristianismo; recobrar la cordura. En lucha con la locura romana de que el poder hace dioses a los hombres, el Oriente afirmó que el hombre no podía ser Dios. En lucha con la locura romana de hacer de Roma algo más brillante que el Olimpo, el Oriente proclamó con fiereza de hombres de piel oscura y de ojos como brasas y de labios encendidos y convincentes, que este mundo no vale la pena ni entenderlo, ni gozarlo, ni dominarlo; que hay otro mundo por el que precisa abandonarlo todo y sacrificar hasta la inteligencia. A la luz que llega de ese otro mundo, cuanto es absurdo se convierte en sabiduría, cuanto es sabio se vuelve insulso . . .

Me detengo a pensar en estas cosas, y me paso los días meditándolas, al toparme en la portada del libro de Jorge Mehlis[3] los siguientes conceptos:

"Si dirigimos nuestras miradas a la época en que vivió y enseñó Plotino, puede advertirse muy bien un gran parecido con nuestra época presente. También ahora se hace sentir la nostalgia del ser . . ."

P e r s i l e s

Heredia, agosto, 1931.

(2) Véase *Monumentum Ancyranum*, vol. V, Nº 7, de *Translations and Reprints, European History*, de la Universidad de Pennsylvania.

(3) *Plotino* (traducido del alemán por J. Gaos). Nº VI de la serie *Los filósofos* de la *Revista de Occidente*, Madrid, 1931.

Motivos venezolanos

= De *La Antorcha*, París. =

Venezuela portentosa y martirizada! ¿Habéis reflexionado en la cantidad de genio que brotó de ese país cuando la emancipación hispano-americana?: Miranda, Bolívar, Santander, Sucre, hombres capaces cada uno de servir de tronco a una estirpe, suficientes para honrar una época! Y no sólo los guerreros y los estadistas, también dió los pensadores: Andrés Bello, patriarca de la inteligencia, organizador de pueblos, el primero que advirtió el porvenir humano del trópico. Antes de que estos lacayos contemporáneos del nordismo, usaran la palabra trópico para denigrar, para suponer fatalidades, a las que no escapan por cierto las razas del altiplano, las razas de la zona templada ni las razas de los vientos polares! Díganlo si nó los cuartelazos recientes de Argentina y de Chile y las actividades triunfales de los bandoleros de Chicago. Belló vió el porvenir y procuró organizarlo. Rodríguez vió mucho y forjó a su héroe. Miranda desmayó; pero todo había cabido ya, en su gran visión. ¿Qué otro pueblo presenta un haz tan compacto, de grandes caracteres épicos?



Teresa de la Parra

Después vino la expiación. En Venezuela no se impusieron ni los Sucre ni los Bello, ni siquiera un militarismo a lo Bolívar, con excusas de visión genial. Colombia más afortunada que Venezuela, se quedó con Santander el civilista. Chile tuvo el tino de raptarse a Bello y en Venezuela se quedó Páez, el llanero zafio, el antecesor de éstos que después han expulsado los ciudadanos para sustituirlos con los ganados de engorda, orgullo de la exportación. Un militarismo de tercera porque nunca se ensaya con el extranjero; una suficiencia napoleónica, que fácilmente se pone en ridículo en país culto, pero se torna peligrosa en el ambiente de la barbarie. Los serranos, vestidos de uniforme, para devorar la cultura que en las ciudades había enraizado España. ¿No es esto y nada más, todo el primer siglo? Y como consecuencia fatal, en los lugares en que fue más aguda la plaga, se ha estacionado esto que han dado en llamar: el cesarismo democrático. Los niños de escuela saben que los Césares se coronaban después de agregar una provincia al imperio, ungidos por la victoria en guerra extranjera. Les hubiera parecido indigno hacerlo antes. Los Césares de Vallenilla se ponen las charreteras, después de la hecatombe azteca, a lo Obregón, o después de la venta de los petróleos a las compañías norteamericanas: tal el héroe de Vallenilla.

Pero es curioso que cuando algunos creían que ya no quedaba ni esperanza de hacer patria en Venezuela; cuando todos estamos temiendo que se proclame otro Panamá en Maracaibo, al amparo de los barcos tanques del aceite; cuando toda la riqueza del país está en manos de extranjeros o en el tesoro privado de un solo hombre; es curioso que un país así, aparentemente liquidado, inicie de pronto un período de producción literaria que supera por su esplendor a todo lo que se produce, en ese mismo género en el resto del Continente.

Desde hace unos cuantos años Venezuela ha empezado a asombrarnos con libros que la colocan a la cabeza del Continente en aquel género que es, según muchos, la epopeya moderna, el tipo de expresión propio de la época. Los novelistas venezolanos se nos han ido presentando de sorpresa y con fulgores que recuerdan la falange magnífica de la época de la independencia. A tal punto que no hay ninguna exageración en decir, que es a estas obras de la reciente literatura venezolana a donde tendremos que referir al curioso de las otras partes del mundo, cuando nos pregunte: ¿Qué es lo que se escribe en América, qué es lo que debe leerse para entender el alma del vasto agregado hispanoamericano?

La respuesta la obtiene enseguida el que viaje por la América de estos últimos meses. Fue en Colombia donde a mí me salió al paso. Por todos los sitios habitados de Colombia, en las librerías, en los puestos de revistas, en los carros del ferrocarril, en el mismo tranvía, los papeleros ofrecían y el público compraba la *Doña Bárbara* de Gallegos. El libro circulaba como un acontecimiento nacional. No lo leí en seguida, lo leí después, a bordo de un barco; lo hallé estupendo; fresco y despejado como los elementos, y también igual que los elementos, profundo, misterioso, total. Sin duda la mejor novela de América, sin exceptuar las buenas novelas que se han hecho en inglés, en el Norte.

Y también en Colombia, había por aquellos días otra moda, una moda gentil, la moda de Teresa de la Parra. Yo conocía la fama de Teresa, desde París, pero no la había leído. Con los años va entrando pereza de leer novelas; aburren más que los libros de Magia, que también dejé hace tiempo. Y luego, cuando se ha leído a Balzac, Tolstoi, Dostoyeweski son más que novelistas: son profetas. ¿para qué leer más novelas? Un día sin embargo me impuse la tarea de Proust. Quedé como el que camina horas enteras dentro de una habitación mal aereada, entra un ansia de luz y de cielo y el deseo de echarse a la calle, con asco de libros. Otra vez una amiga me impuso varias cosas sucias de Gide. Y de nuevo la náusea y el deseo de ver horizontes y de limpiarse carroña, me lanzaron muy de lejos de estas culturas de boudoir. Curado para siempre de estas pesadillas de enfermos y así libre y con vagas nostalgias de la Biblia, del Ramayama, me lancé por los Andes, sin libros, llenándome el alma de estrellas y paisajes y de rumor de ríos.

Una tarde en Cali, una joven dama, hija de un patriota venezolano que fue mi amigo cordial, tomó de su mesa, llena de lindos objetos, el volumen de *Ifigenia*—el nombre me hacía temer una imitación griega— y me dijo: "Por supuesto, ya la leyó? . . ." Entonces vacilé, temí mostrarme ante ella, mal venezolano, mal letrado, pero no llegué a mentir . . . Préstemelo, repuse . . . "Llévelo, ¿cómo no?"

Y esa noche no sé si a las dos, a las tres o a las cuatro de la mañana, después de que los ojos ardidos habían cumplido su misión, me sentí vagamente irritado contra la buena y en este caso inocente amiga Teresa, porque le reprochaba mentalmente: "—Mire como me ha puesto los párpados! . . ." Y es que su libro me resultó de los que no se pueden soltar sin concluir. Naturalmente la incomodidad producida por mi excesiva lectura fue cediendo para dar paso a la gratitud, ese aroma que nos sale espontáneo del

Canales interoceánicos: Panamá, Nicaragua

— Envío del autor —

Mi querido García Monge: Recibo su carta y, desde luego, por pedírmelo usted, tan acreedor a nuestra admiración y afecto, voy a contestar a la encuesta. Pero he de contestar con franqueza meridiana, porque, dado el giro que ha tomado la política imperialista en estos últimos tiempos, no cabe, al considerar tales asuntos, más que el silencio, o la verdad.

Se ha gastado, hasta caer en desuso, el expediente conciliador de fingir no ver los propósitos y atenerse a la apariencia legal de las ilegalidades. Entre Nicaragua y los Estados Unidos no pudo haber tratado por dos razones:

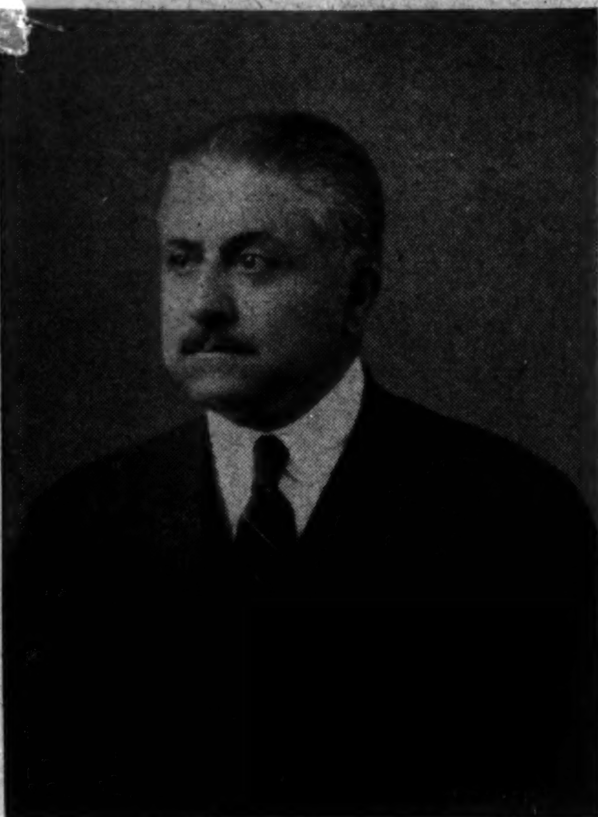
a) porque Nicaragua está gobernada por un grupo que no representa el sentir de Nicaragua, y

b) porque, hallándose ese grupo sostenido por los Estados Unidos, no puede pactar con los Estados Unidos más que lo que los Estados Unidos quieran.

Resulta vano buscar interpretaciones o preveer conflictos al rededor de un convenio unilateral.

Hemos entrado en una época en que no cabe preguntarse en qué papel dorado de mentiras conviene envolver la abdicación. Hay que contemplar la ignominia en toda su purulencia, la ignominia de los que nos humillan, y también la ignominia de nosotros, que soportamos la humillación. Podrá convenir a los Estados Unidos dar forma diplomática a la violencia y pagar 3.000,000 de dólares por anular una nacionalidad y afianzar el dominio interoceánico. Eso equivale a comprar la ciudad de Nueva York mediante un cajón de wisky. Pero no hemos de contribuir nosotros a prestar consistencia al expediente, tomándolo en serio y discutiendo al rededor de él.

Se habla de un nuevo tratado. ¿Entre quienes se firmaría ese tratado? Nicaragua se halla ahora en manos de los mismos (poco importan las etiquetas) que la sacrificaron en 1914. Sólo tendría verosimilitud un tratado refrendado por Sandino, que está salvando, con su resistencia, el honor de un Continente. Pero a Sandino se le trata en los Estados Unidos de malhechor



Manuel Ugarte

y nosotros lo dejamos injuriar a mansalva, prestando hasta nuestros periódicos para corear la difamación. Así triunfó siempre el imperialismo de todos nuestros valores, con el auxilio de las emulaciones lugareñas.

En el reino de la hipótesis, cabe propiciar la internacionalización del canal—y esta será, cuando se restablezca el ritmo de la vida, la solución más clara,—pero en el estado actual, ¿de qué serviría la ilusoria co-partición de gobiernos que no tiene independencia, ni fuerza para hacerse respetar? Europa nos abandonó, al aceptar la doctrina de Monroe en el tratado de Versalles. El Japón se agazapa en sus islas. ¿Cuáles serían las naciones capaces de establecer la equivalencia que da nacimiento al equilibrio? Porque la teórica igualdad de derechos sólo se hace efectiva cuando hay igualdad de iniciativa y de poder.

¿Pesimismo? No tal. Creo en nuestro porvenir, porque oigo el paso de la juventud que sube. Pero nuestra fuerza futura estará basada sobre la exactitud de visión. Los Estados Unidos serán dueños de estrangularnos, mientras nosotros nos dejemos estrangular. La presión existirá hasta que logremos sacudirla. El derecho nada tiene que ver en estas cosas. Pero esto lo saben ya las nuevas generaciones; y de ahí nace el hondo fervor combativo que empieza a transformar el ambiente de las repúblicas hispanas, al calor de ideales avanzados que son la negación del estancamiento, del privilegio y de la sumisión. Nuestra debilidad está hecha de inmovilidad. El día en que nos propongamos ser fuertes, lo seremos.

En cuanto a la conciliación, respeto todas las ilusiones, pero es el caso de preguntarse qué conciliación puede haber entre la víctima, tendida en el suelo, y el victimario que le sigue asestando golpes. Cuando dirigí, en Marzo de 1913, una carta abierta al presidente Wilson, señalándole los atentados de aquella época y pidiéndole que la bandera estrellada no fuese símbolo de opresión en el Nuevo Mundo, yo creía aún en la posibilidad de una reacción. Hoy no lo creo. Nos encontramos en presencia de una política deliberadamente imperiosa, que continuará por encima de los hombres y de los partidos, hasta que tengamos la entereza de cerrarle el paso. Y eso es lo que la juventud se apresta a hacer, al empeñarse en trasformar, ante todo, el andamiaje y la organización de la América Latina, porque fueron las ambiciones politiqueras y los intereses de casta los que engendraron el dolor actual.

Y conste que es un desahogo poder decir estas cosas. Si no contesté a la pimera carta circular, que recibí hace algunos meses, fue porque comprendí que mis opiniones resultan impublicables para cualquier hoja que no tenga la tradición de libertad que hace el prestigio de *Repertorio Americano*.

Un apretón de manos muy cordial de su viejo amigo,

Manuel Ugarte

Niza, 16 de julio de 1931.

---

alma después de un deleite de los que no dejan resabio. Largamente estuve recreándome con las imágenes brillantes y precisas; me sentí ascender en aquel ferrocarril que faldea la serranía, lanzando su humito blanco desde la costa a la meseta de Caracas. Reviví las felices evocaciones de panoramas y personas que aún acabadas de revelar me parecían familiares. Me repetía con asombro los decires sabios del Ama mulata, sin duda el personaje central de la novela; a pesar de la exquisita coqueta Ifigenia, incapaz de lanzarse porque su casta la retiene, muy señora en su mismo desamparo.

Una suerte de remordimiento de no haber leído antes el libro, me llevó a reflexionar en nuestra incuria que dejaría pasarse, el mismo milagro sin prestarle atención. En otras literaturas un libro como *Ifigenia* no sólo da reputación, también fortuna, pero aún así en este descuido general de nuestra vida hispanoamericana, me sentí orgulloso de la gente de América. Aunque por el instante todo nos lleve a desconfiar, en realidad es muy temprano para la desilusión. Junto a los monstruos hay también humanidad prodigiosa y hay país: montaña y horizonte o lo que es lo mismo extensión y profundidad. Ni el paisaje de Europa, todo estrechez limitada, ni la llanura de Norte América, mera extensión sin perfil. La América española se parece al Asia, al norte del Africa: las tierras del pensamiento total. Si la América de verdad empezase, ahora que los otros parecen estar terminando! Lo cierto es que en aquellos instantes agradecí a Colombia la acogida que estaba otorgando a Teresa; bendije a Colombia porque es tierra en que manda el espíritu.

Se ha hablado de que *Mamá Blanca* su-

pera a *Ifigenia:* no me iteresan las comparaciones; le tengo horror a la vara de medir; un amanecer nunca es mejor que otro amanecer: es un amanecer y en la prosa de Teresa de la Parra, la invención brota constantemente del seno del párrafo. Los que en el interior del estilo ponen talento, se colocan por encima de los estilos. Uno de los mayores méritos de *Doña Bárbara,* y de las novelas de Teresa está en que realizan literatura hispanoamericana sin recurrir al americanismo; es claro que usan, cuando es necesario, la expresión local pero sin el propósito de usar el localismo para fingir ambiente. Resulta entonces que el sentido hispanoamericano, lo logran, pero en fórmula universal de amplia comprensión humana. Sus libros son traducibles a todas las lenguas y este es uno de los signos del gran libro. Lo regional en sentimiento o en forma bien puede quedarse escondido, no seré yo quien lo llore, ni vale la pena buscarle perduración.

Diremos entonces, sin ánimo de establecer paralelos, que en *Ifigenia,* más espontánea, encuentro más profundidad, a pesar de su aparente ligereza, más penetración de los misterios del alma. *Ifigenia* da a menudo vislumbres que llevan al lector a pensar en el temperamento personal de la autora. Los públicos se empeñan en dar intención biográfica a tal o cual episodio. Me convencí de que en Bogotá ha habido algo de Atenas cuando vi a la ciudad ocupada, en los días del arribo de Teresa, en hacer conjeturas sobre la identidad del diplomático que pierde los espejuelos y recibe la bofetada en lugar del beso. Ifigenia en fin nos da la vida de la mujer moderna en el ambiente de Caracas. En *Mamá Blanca* hallamos el secreto de la formación de la artista. La niña Blanca Nieves reforma la historia de Pablo y Virginia, y la reencarna en el ambiente de la finca venezolana. Toda una generación anterior prefería irse de América para vivir en la isla de Pablo y Virginia o alguna otra cualquiera, todo como rodeo para llegar a Francia. Al efecto se cambiaban de ropa, ya que no de emoción íntima. Al contrario la nueva generación literaria no piensa ya en marcharse para crear o para vivir. Más bien al personaje de afuera se le pone la ropa del continente; una ropa desde luego más ligera, más viva de color, como que basta con la luz para que las formas se enciendan y se animen.

En *Mamá Blanca* hay más sabiduría literaria, por ejemplo juicios encantadores, como este que sigue: "Mamá tenía el alma llena de cursilerías deliciosas. Eran ellas su principal encanto. Transparente como el agua, como frutas maduras se ofrecían cándidamente al alcance de la mano. Por eso más que nada, diferían de las cursilerías futuristas, pongo por caso, que se encierran con llave, soberbia y cobardemente, dentro de las fortalezas inexpugnable de un esoterismo pedregoso, y allí, sin que nadie vaya nunca a decirles buenos días, se mueren solas de orgullo y de inanición.

Mamá era, pues, una romántica sin cobardía y sin saberlo. De obedecer a mi natural impulso, mirándola pasar allá, por el lejano país de mis recuerdos, con su bata blanca, su abanico de paja, y sus lazos azules o rosados, no diría de ningún modo que ella trató nunca de imitar a los románticos; afirmaría, por el contrario, que los románticos trataron siempre de imitarla a ella. Yo creo que como el tabaco, la piña y la caña de azúcar, el Romanticismo fue una fruta indígena que creció dulce, espontánea y escondida entre las languideces coloniales y las indolencias del trópico hasta fines del siglo XVIII. Hacia esa época, Josefina Tascher, sin sospecharlo, tal cual si fuera un microbio ideal, se lo llevó enredado en los encajes de una de sus cofias, contagió así a Napoleón, en aquella forma aguda que todos conocemos y poco a poco las tropas del Primer Imperio, secundadas por Chateaubriand, propagaron la epidemia a todas partes".

Aconsejemos pues al lector perezoso, que no pregunte: ¿Cuál de las dos? sino que lea ambas: *Ifigenia* y *Mamá Blanca.* Yo me he hecho sibarita, mirando los ocasos, en mis países claros y sé que en la obra creadora siempre hay hermosura nueva y a veces noción infinita, múltiple, que si algo vale, supera enseguida el poder del juicio. Esto enseña a gozar y también enseña a amar.

Hablando del fenómeno de la novela venezolana reciente, Zérega Fombona con criterio de hombre de ciencia explicaba su pujanza diciendo que era el único cauce que había quedado abierto al talento en Venezuela. Pero se ocurre enseguida ¿por qué no hay buena novela en Guatemala o en México? No basta con tiranía para engendrar bellas letras. Un exceso de tiranía más bien, sofoca la producción literaria como acaba con todo pensamiento. De allí que antes del "medio ambiente" de los positivistas yo atiendo a la buena semilla primaria; pienso en la elección que hace un siglo, produjo la casta de los emancipadores. Un milagro diversificado en destinos. El más extraño entre los dioses menores, el destino, jamás sabemos cómo elige sus sitios, marca sus almas. Acaso ocurre con Venezuela en particular, lo que en toda la América española, en relación con el norte. Lo advirtió la Biblia hace tres mil años: "A los que Dios ama, los castiga y los prueba". El infortunio suele ser la señal de los destinos sublimes. Venezuela triunfante en la literatura; ojalá que se ensanche, se realice el presagio; y que estos libros sean como banderas nuevas, levantadas para sacar de su letargo a un Continente.

José Vasconcelos

Elegía a un soldadito muerto en una revolución sudamericana

— Envío del autor —

A Alfonso Reyes

Yo te vi, soldadito muerto,
cuyo nombre no sé.
Tendido estabas en la esquina de mi casa, i qué tranquilo!
Parecías borracho que amanece un lunes sin ganas de trabajo.
Solito, desamparado, con qué ternura te abrazabas al fusil!
La mañana llena de pájaros i el mar cantando bajito . . .

—Es Juan, el carpintero, dijo un mulato,
i la Iracema nada sabe! . . .

Juan: no has aserrado tu cajón,
i ahora te van a enterrar en la tierra pelada.
Mejor! Así te convertirás en seguidita en flor,
en pájaro, en café . . .

Yo te ví. No se me olvidará tu cara amarilla,
tu uniforme caqui, tu chalina sucia. ¿Te habían robado el espadín?
Los hombres charloteaban como moscas,
i yo era una mosca más
al pie de tu cruz, carpinterito del Brasil.
Pero no hagamos poesía. No había cruz.
2 ladrones, quizá. 3 ladrones, quizá. Yo también fuí a robar
el dolor sin consuelo de tu cara en mi pañuelo.

Tendido sobre el asfalto, como una cáscara de plátano,
servías para que las moscas dijeran, eruditas:

—Pobre! Parece que la bala le ha entrado en un pulmón.
(Allí debe estar como una abeja
junto al polvo de aserrín que respiraste en la vida . . .
Si no fuera barata ¿estaría en tu dedo esa sortija?)

Tú nada les decías. Ni siquiera mirabas a esta Señorita
que se miraba en su espejito mientras decía:—Pobrecito!
¿Quién sería el malvado que lo mató?
(Ha comparado con la tuya, con barba de 2 días
su cara tan bonita).
Pero tú fumabas impasible
un hilito de sangre como el puchito de Carlitos.
No acusabas a ninguno! I todos te hemos matado, soldadito!

Ah, qué ganas tenía de sentarme en el suelo a tu lado,
llorar unas lagrimitas triviales, como un compadrito de juerga,
i conversar: —Amigo carpintero, hoi estábamos de farra
con la Iracema i sus amigas, aquellas morenitas . . .
Bueno: se acabaron los celos con el zapatero Domingo,
definitivamente te has curado aquella tosesita.
Has muerto. ¿Sábes? ¡Has muerto! I sin hacer aspavientos,
sin decir 7 palabras, sin Magdalenas, sin Marías,
i estás aquí sin esperanza de un Tercer Día.
Has muerto, esto es todo. Has muerto sin porqué?. En nombre de qué?
Para redimir a quién, soldadito, carpinterito?

Alberto Guillén

Santiago, 1931. (Aumada 351).

Manifiesto de los intelectuales de Chile al país

= De *El Diario Ilustrado*. Santiago de Chile. =

De nuevo le sentimos el pulso a Chile. Cartas nos llegan. Hay una de Julio 21 que nos dice:

Amigo García Monge, parece que, por fin, cae la tiranía en Chile. No ha sido abatida por la fuerza, sino por el desastre financiero. El tiranuelo llamó a sus enemigos a formar Gabinete, y éstos comenzaron por exigirle el retorno al régimen legal, con todas sus libertades.

Reflejo de la libertad de prensa, que nos faltó 6 años, es el manifiesto que aquí le va en recorte.

Hay otra que dice:

El país se ha endeudado en cinco mil millones o sea en mil millones por año desde 1927 en que ingresaron los militares al Gobierno. Desde la independencia debía sólo mil millones hasta 1927. Estos datos son más o menos; en el *manifieto al país* de los intelectuales verá usted el cuadro pavoroso con precisión. ¿Se lo mandaron? Procuraré enviarle uno hoy en otro sobre. La cobardía en todo este período de dictadura ha sido grande. Por miedo no firmaron el manifiesto los empleados fiscales más o menos contaminados por la dictadura.

Dentro de poco saldremos de esta dictadura y volveremos con gran sacrificio a la normalidad.

El grupo de escritores firmantes cumple con un deber de ciudadanía al saludar la vuelta al régimen de las libertades públicas. Creemos que los intelectuales del país no pueden permanecer indefinidamente al margen de la vida política, y que si queremos dar a nuestras instituciones la estabilidad necesaria, a fin de evitar la repetición de un régimen de fuerza, debemos todos expresar serena y claramente nuestra opinión acerca de sus deberes y derechos, haciendo así efectivos los principios teóricos sobre los cuales fue fundada esta república.

Hemos vivido los últimos cinco años no tan sólo sin poder hablar con claridad, sino, además, sin poder ver claro tras el velo de la censura. No pudimos decir lo que sentíamos, ni nos dejaron ver la extensión de los males que presentíamos ya. Las consecuencias de esta política las vemos en los desastrosos resultados de la crisis moral, económica y fiscal en que nos hallamos sumidos.

Con toda la fuerza de nuestro espíritu negamos que esta crisis sea puramente económica, o que sus causas puedan ser atribuidas exclusivamente a una depresión mundial. No, los males que sufrimos provienen en su mayor parte de errores que pudieron ser evitados, de falta de previsión y de experiencia, de la ausencia de una política definida y de haber dado hasta hace poco la preferencia en el Gobierno, no a los más capaces, sino a los más dóciles. De consiguiente, nos corresponde puntualizar sus causas inmediatas en el propósito de precavernos contra la posibilidad de una repetición de las mismas falacias y errores que hicieron posible el abandono del régimen civil de gobierno.

Pero, ante todo, pedimos que se mantenga efectiva la libertad de prensa, la libertad de opinión hablada o escrita, sin lo cual la Constitución del Estado seguirá siendo letra muerta, y continuaremos expuestos a que volviera el divorcio entre los actos del Gobierno y la voluntad del país. Es preciso que los ciudadanos que tienen ideas o experiencia de los asuntos del Estado puedan presentarlas libremente al Gobierno y ante la opinión.

Tenemos la convicción de que todos nuestros compatriotas verán en nuestros nombres y en la obra que hemos podido realizar como escritores una garantía de que no nos agrupamos hoy para favorecer la vuelta de la reacción o de la demagogia. Creemos que le corresponde a Chile elaborar su propio destino de acuerdo con sus propias necesidades, y que la ley, libremente discutida y justamente aplicada, bastará para regenerar nuestra vida política y restablecer nuestra dignidad de ciudadanos. En esta obra de ilustrar la conciencia del pueblo y poner a su alcance los complicados problemas de gobierno, los escritores tienen un deber que a ningún otro puede entregarse con mayor confianza en una democracia liberal.

Al amparo de la censura y de la suspensión de las garantías individuales, los pla-

nes más quiméricos de gobierno han tenido los más costosos y contradictorios ensayos. Hombres sin ninguna experiencia política, apenas con alguna noción o algún texto extranjero mal digerido, se lanzaron a las más dispendiosas innovaciones en la hacienda pública, en las industrias y en la educación. Se hipotecó al país hasta donde lo permitieron las condiciones del mercado monetario extranjero, y, para servir esos empréstitos onerosos, se hace pesar sobre la agricultura, las industrias y el comercio, tributos tan abrumadores que paralizan de hecho toda actividad reproductiva.

De esta política desatentada nacieron, naturalmente, las más inesperadas paradojas. Al orden impuesto por la fuerza, correspondió el más completo desorden moral y mental. A los ambiciosos planes nacionalistas a base de empréstitos extranjeros, ha correspondido la entrega completa de nuestras industrias y nuestro comercio a los capitalistas extranjeros. El fomento artificial de la producción salitrera hace tres años, trajo por consecuencia el incremento ficticio de la producción para pasar de golpe al paro general, a la desocupación y la miseria. A los múltiples planes de reforma integral de la educación pública, corresponde hoy el más penoso desconcierto en la orientación general y en las ideas de cada maestro en particular. El atropello a los más sagrados derechos del profesorado, del magisterio y de la cátedra, derechos inviolables en los países más cultos, exige de nosotros la más generosa reparación. Y por sobre todo esto, la política de financiar los gastos de una administración inflada en personal y en sus actividades trajo por inevitable consecuencia los impuestos y contribuciones que han esquilmado al consumidor, privando así al contrubuyente de una buena parte de las entradas que debieran servir para devolver la prosperidad al comercio del país.

Es indispensable que nos demos cuenta de la verdadera situación, si queremos remediarla. Seguir culpando a la crisis mundial de lo que debemos a nuestros propios errores, nos dejaría sumidos para siempre en sus efectos. La crisis tiene ciertamente en Chile un lado psicológico; pero esto se debe exclusivamente a haber perdido el país la fe, y la confianza en sus gobernantes. ¿Cómo esperarla por lo demás, si hasta ayer hemos visto manipulados los balances fiscales, y se nos ha venido hablando de superávit de arrastre, cuando la mitad del presupuesto estaba servido con dinero ajeno, incluyendo el millón de pesos diarios del servicio de la deuda externa? La culpa inmediata de ello reside en el vicioso sistema de dividir los gastos públicos en presupuestos ordinario y extraordinario, con lo cual se engañó al país y al propio gobierno.

Se impone, por lo tanto, una política de franqueza en materias administrativas y financieras. Es de urgencia que conozcamos la realidad de nuestros recursos y compromisos. El sistema de financiar los presupuestos o las obras públicas con dinero ajeno, debe ser abandonado sin demora.

Estamos seguros de que los mejores elementos de nuestro ejército y marina, estarán de acuerdo en que la inflación de las fuerzas armadas y su situación privilegiada entre los servidores del Estado no puede menos que dañar a la disciplina de cuerpo y ese espíritu de sobriedad que hizo a estas instituciones fuertes y respetadas en el pasado. Así diremos todo nuestro pensamiento al afirmar que, si el Ejército y la Marina de Chile quedan convencidos de hoy para siempre de que su puesto no está en las complejidades del Gobierno, todos los chilenos daremos por bien empleada la dolorosa lección que representan estos años de dictadura militar.

Una vez restablecido el régimen constitucional, con hombres que hayan vivido alejados del Gobierno que impugnamos, y que hablen al país con perfecta franqueza acerca de la situación actual y de los remedios que ella exige, debe venir su complemento legal, anulando la elección de congresales hecha sin intervención de la voluntad popular. Igualmente debe declararse incompatible el cargo de senador o diputado con la representación de firmas extranjeras. Este Congreso constitucional estará en su derecho al fijar las responsabilidades del régimen anterior, y al suspender las leyes y decretos-leyes que hayan trasgredido los preceptos constitucionales.

En seguida habrá que restablecer la estricta administración civil en Intendencias, Gobernaciones y demás servicios públicos que no exijan competencia técnica militar o naval. De igual urgencia es la creación de un servicio civil que ponga al personal de la administración y de la diplomacia a cubierto de las imposiciones de la política. Aplaudimos la resolución del nuevo Gobierno de mantener intacto el sistema monetario y bancario, salvo en aquellas modificaciones de detalle que exija la situación.

Naturalmente, un Gobierno legítimo no tiene por qué seguir manteniendo una onerosa propaganda por medio de periódicos de propiedad del Estado. Dentro del régimen, por lo demás, el Gobierno disponía a su antojo de la prensa, y ni aun entonces se justificaba el mantenimiento de órganos oficiales, como no fuera para la publicación de los decretos y documentos de Gobierno. Los diarios de propiedad fiscal deben, pues, ser cedidos al mejor postor, previa autorización de la legislatura en razón de ser bienes nacionales.

Hoy debemos trabajar porque Chile vuelva a ser un país de estabilidad constitucional, de libertades civiles y de disciplina política. Debemos cuidar sobre todo de no confundir esa estabilidad con el estancamiento y de no petrificarnos en clases sociales que vayan a convertirse en castas inmutables. Esa solidez de las clases directivas de ayer, se había convertido en egoísmo y molicie de herederos acaudalados para los cuales la cultura moderna, los nuevos horizontes económicos y la evolución social eran otros tantos enigmas.

La experiencia de estos tiempos nos ha convencido de que las clases intelectuales no pueden sustraerse, sin peligro, al comercio con los acontecimientos, y aún más, que es su deber compartir sus conocimientos y aportar sus ideas para beneficio de la colectividad. Si todos los miembros de las profesiones liberales hubiésemos cooperado, inspirando a los mandatarios e ilustrando al pueblo, es seguro que muchos de los errores que padecemos hubiesen tenido más pronto correctivo. Hoy no queda otra cosa que recoger la amarga lección de la experiencia, confiar el gobierno a los mejores, velar celosamente porque no sea perturbado el imperio de la Constitución y trabajar unidos por el restablecimiento moral y económico del país. No nos guía la pasión ni pretendemos aprovechar el descalabro para medrar; nos expresamos en nombre de la inteligencia eterna, libre y depurada. Bajo el poder constitucional volveremos a ser la nación atrayente de juristas, pensadores y pedagogos, honra del pasado. El oro de las naciones poderosas fluirá hacia nuestros campos y montañas en busca de esa paz y tranquilidad que son el sentido nuevo que ofrece América. Hay que volver a ser América y no remedos de dictaduras y potencias acribilladas por deudas y guerras. No pedimos venganzas ni tumultos, que nuevamente serían aprovechados por los inmorales. La audacia, predominando sobre el derecho escrito, trajo invariablemente el desorden y el despotismo. Acostumbrados a emitir ideas al margen de los apetitos, orden y libertad, a fin de que estas ideas puedan transformarse en acción.—(Firmados).—*Ernesto Montenegro, Joaquín Edwards Bello, Domingo Melfi, Ricardo A. Latchman, Alberto Romero, Pedro León Loyola, Guillermo Feliú Cruz, Carlos Préndez Saldías, Joaquín Ortega Folch, Manuel Vega, Jenaro Prieto, Lautaro García, González Vera, Eugenio Orrego Vicuña, Alejandro Baeza, Sady Zañartu, Roberto Meza Fuentes, Januario Espinoza, J. Lagos Lisboa, J. Schneider Labbé, Angel Cruchaga Santa María, Alberto Mackenna, Alberto Cabero, Eleazar Vergara, A. Acevedo Hernández, y Fernando Celis.*

Un nuevo poeta argentino, César Tiempo

= *Envío de A. G.* =

Hai que decir nuevo porque es nuevo el espíritu que trae, espíritu de cordialidad que va ya! embanderando los tejados todos de la casas líricas de América. Es nuevo por su verso de honda melodía, de reconcentrada música, de imagen, de ala. Nuevo. Si de hoi, de esta mañana. Recién amanecido al canto. Pero nó es un nombre nuevo César Tiempo. Colaboró con Pedro Juan Vignale en la decisiva Exposición de la Nueva Poesía Argentina. Publicó después con el nombre de Clara Better un librejo que hizo susto en muchas gentes e hizo morder el anzuelo a sesudos críticos. Se llabama el libro *Versos de una* . . . Cantos de prostíbulo, con la natural protesta proletaria. Una mujer decía allí su desespero. Oh estado de cosas! Oh sociedad injusta! Lástima que la mujer de todos fuera hombre, i hombre de ala i de sonrisa. Hoi Tiempo publica su primer libro *en hombre*. De hombre su honda emoción, su ternura, su amor por las cosas de su sangre i de su casa. *El libro para la pausa del sábado*, que ha obtenido el Gran Premio Municipal argentino, es libro de versos remansado, sin grandes alardes de novedad, sereno i cruzado de luces. Bella edición de Gleizer i estupendas las ilustraciones.

Alberto Guillén

Visión

Cae sobre la ciudad
la ceniza de la lluvia.
Qué grato es en un día como este acariciar
un inocente sueño de ventura!

Mientras cae la lluvia yo acaricio mi sueño:
un día las mujeres serán todas hermanas,
la ramera, la púdica,
la aristócrata altiva i la humilde mucama.

Irán por las calles, llevando como emblema
una sonrisa alegre i una mirada franca,
i así, sencillamente,
se ofrecerán a todos los hombres que pasaran.

Ellos se tornarían
tan buenos como el sol, como el pan, como el agua;
su dicha cantarían todos los oprimidos,
suavizadas sus manos, sus gestos, sus palabras.

Bajo los cielos límpidos, banderas de alegría,
desplegados sus paños como alas
cual si quisieran cobijar a todas
las mujeres que un día supieron ser humanas.

(Sigue cayendo sobre la ciudad
la ceniza de la lluvia.
¡Qué grato es en un día como este acariciar
un inocente sueño de ventura!)

Clara Beter

Ruta de un cansancio en la noche

Para *Alberto Guillén*, poeta con la cordialidad fraternal.

Húmedas de sonoridad
huyen en el silencio de la noche
tres campanadas lentas y nerviosas
como un tartamudeo de armonía.

Amordazado
de sonnolencia, avanzo por las calles
de San Cristóbal, niñas bullangueras
que amedrentadas por el hosco príncipe
de las tinieblas, permanecen mudas
como haches latinas.
Y mis ojos
circunscriptos a un único miraje
pugnan con el cansancio que pretende
correr con mano firme sus cortinas.

Mi corazón reposa indiferente
al pecho celestial engalanado
de condecoraciones luminosas.
Y en en mi cabeza un solo pensamiento
vibra en los brazos de una sola imagen
que mi fatiga sorda cuadruplica:
el lecho
el lecho
el lecho
el lecho.

César Tiempo

El fin de la dictadura en Chile

= *Envío del autor* =

Cae la dictadura pretoriana del general Ibáñez y empieza un gobierno de orden y de concordia, presidido por don Juan Esteban Montero, profesor de la Universidad de Chile. Es hora de preguntarse ¿qué deja el régimen militar? Unos cuantos edificios, algunos caminos y en general cierto empuje a las obras públicas; es decir, el timo de toda dictadura: engañar el ojo y deslumbrarlo; todo a cambio de la bancarrota económica y de la anarquía moral. El odio fratricida, el espionaje, el servilismo, la incompetencia florecen a la sombra de los gobiernos de fuerza. El ejército inicia la hora de la espada; medran los malos y sufren los nobles; se callan los mejores a la vista de las bayonetas; los mayordomos empeñan la tierra que no les pertenece y Wall Street sale de fiesta.

Chile es el primer país de América que se despierta de la pesadilla militar. Por diez años hemos sentido la vergüenza de ser chilenos; brasa en el rostro. La anarquía, representada por Altamirano y por Ibáñez, defendida por los decuriones y elogiada por los escritorzuelos sin principios, se humilla al fin ante la juventud universitaria de mi patria. Corazones líricos en pechos limpios; todo opuesto al dolo, al hartazgo, a la concupiscencia. Ahora sí, ahora sentimos el orgullo ancestral de ser chilenos. En gestos juveniles nuevos designios vislumbramos; nuevas voces saldrán de la profunda noche en huída. Y no se diga que el caos económico determina este cambio. Yo quiero ver en él la dignidad de una raza que se impone, luces de alba intelectual.

Gerifaltes de cetrería vendrán a ensayar sus uñas grises en la nueva república, pero la juventud les romperá las alas. El águila caudal (¿o sería sólo cuervo?) va en negra derrota, seguida de cornejas, cernícalos y patos. El coro de tamborileros del patriotismo, hombres pebeteros, sacerdotes del ditirambo, good mixers, smart fellows, mancha la serenidad de nuestros cielos.

Nach Paris, Nach Paris . . . sus pupilas afiebradas presienten oro en ruletas, carnes en subasta, champaña y langostinos. Ya hemos visto: Parturiunt montes: nascetur ridiculus mus.

Tiempo es de reconstruir. Hay que limpiar bien la casa y las almas. Necesitamos un poderoso Vacuum Cleaner. Tiempo es de escribir con mano de hombre: el *Mercurio* y *La Nación* deben adquirir nuevas prensas. Tiempo de pagar . . . ¿trescientos, cuatrocientos millones de dólares? . . . A trabajar mucho y comer poco entonces. Ya Sancho nos demostró su capacidad en el gobierno de su isla; ahora a vivir de puro ensueño y limpia reilidad, labor de Quijotes.

Desde este cuarto donde escribo siento el rumor del mar. Mar de San Francisco. El mismo encantado mar que vieron mis ojos de niño en Valparaíso, Constitución, Viña del Mar. Mar cerrado a mis deseos por diez años; odiado casi. Hoy, sobre las olas pongo una alegría, un anhelo, una esperanza.

Arturo Torres Rioseco

Berkeley, California, 1931.

Palabras envilecidas

= *Envío de la autora* =

Las generaciones últimas las izaron como estandarte: virtudes cívicas, democracia, fraternidad, honestidad pública, libertad. Hoy, el muchacho las señala con una mueca irónica.

Hace treinta años, tremolaban aún henchidas de prestigio. Habían nacido entre sacrificios como símbolos de aspiraciones altruistas y de luchas de redención. Su hermosura cautivó a las masas y entonces los falsos pastores comprendieron que era un buen medio para medrar el disfrazarse con el peplo magnífico de estas grandes palabras.

La *Virtud*—así, con mayúscula y vocingleramente—encubrió a veces mil formas de ruindad. Bajo el vocablo democracia, asomó en múltiples ocasiones sólo un innoble afán de prepotencia. Tras la fraternidad, siguieron los hombres mordiéndose como lobos. Los que más alto ondearon el oriflama de la honestidad pública salieron a traficar con sus conciencias y prostituir las ajenas. Muchos de los que voceaban libertad sólo la emplearon para dejar impune sus licencias.

Al pasar por el cauce de estas vidas, aquellas palabras se envilecieron.

¿Es fatal, sin embargo, es necesario a su esencia que estos grandes nombres concluyan por encubrir la hipocresía? ¿Son rótulos sobrados de ambición y por lo tanto irrealizables?

Nacieron—como dijimos—de un afán altruista, pequeño David ante los Goliats

de los sistemas políticos absolutos en que la voluntad del monarca o del tirano constituía la suprema ley. Lucharon siglos con varia fortuna, hasta que en el XIX lograron victorias que parecían definitivas. Nuevas constituciones políticas y leyes de previsión social sellaron este triunfo. Mas, al mismo tiempo que se sobreponían a un enemigo, se levantaba otro formidable: el capitalismo. Al entregrar el poder-dinero en manos de unos pocos creó nuevos amos, muchísimo más despóticos y absolutos que los reyes históricos, porque no tienen que dar cuenta a nadie del ejercicio de su poder. Amos que pagan bien los servicios del fuerte: fuerza del talento mercantil, de la técnica, del arte de servirse de los hombres, y que no emplean la virtud ni el altruismo sino cuando pueden someterlos al mejor interés de sus capitales.

Estos años han visto a la vez que el envilecimiento de las grandes palabras, la prepotencia mundial del dinero y la aparición aquí y allá de gobiernos tiránicos. Su coexistencia no es obra del azar.

No tendríamos fe alguna en el hombre ni en la vida si no creyéramos que el camino de la humanidad conduce desde una barbarie que tuvo por ley sólo la fuerza bruta a una cultura en que los elementos espirituales de cada ser florezcan en toda plenitud. No importa que el advenimiento de tal cultura se halle todavía distante de muchos siglos, ni que sea condición del ideal realizado no satisfacernos, sino darnos alas para un vuelo más potente. Sabemos también que las grandes palabras—porque son signos de anhelos superiores—son concebidos por genios y luego popularizados al nivel del hombre común. Este es siempre inferior—lo somos todos—al ideal que portamos. Y casi siempre carecemos de humildad para llevarlo. Es nuestro pecado mayor. No somos dignos de llevarlo, pero tampoco podemos renunciar a él.

El muchacho de hoy tampoco es ajeno a esta aspiración. No puede serlo, porque existe aun en el hombre más roído de egoísmo. Ha perdido la fe en las grandes palabras, porque las ha visto enfangadas. Eso es todo. Pero si no las emplea ha de inventar otras que sean en esencia sus similares. Y tendrá sobre la generación pasada, una ventaja: la de saber qué enemigos se esconden tras su magnífico manto.

Amanda Labarca H.

Santiago de Chile, Junio de 1931.

De Rafael Estrada al poeta don Luis R. Flores

(Una introducción a la moderna literatura)

Heredia, junio 17 de 1931.

Señor don Luis R. Flores,
Ciudad.

Mi bien estimado maestro:

Recibí su tomo de versos. ¡Versos! ¿Sabe Ud. que apunta un año que yo no leo versos? ¡Y literatura! ¿No están desbancados los literatos?: ya las fábricas de píldoras y las sociedades comerciales hacen tan bella literatura para afamar sus bondades, que la fantasía de los literatos en sí *resulta pura vagabundería. ¿Y las potencia del alma?: ¡válgame Dios! Si hoy resulta que la "Electric Bond and Share Co.", y la "United Fruit Co." y sus etcéteras tienen más alma que el Quijote! "Estos reyes piden ranas", como en la caricato de Bagaría, y los tienen a montones y los pagan con puñados: los puñados, sobre todo; las caricias de Onphale interrumpieron también las hazañas de Hércules: no está saliendo del concubinato, el Phaetón que se roba el carro de la luz y mancha el cielo con la polvareda de su insensatez? Los poetas no dejan de ser divinos porque les den sus impulsos a poderosas compañías comerciales: ¿no están decidiendo, con ello, acaso, de los destinos de los pueblos?* ¡Per Dio!; *si el "alma más sensible de las almas" (página 144), no usó los poemas de sus parábolas para expulsar del Templo a los mercaderes! Pensar en el resplandor de la literatura como expresión de las almas! ¿No están reviviendo el Viejo Testamento, estos judiosyankilandizados, y nos deslumbran, como en los tiempos primitivos las antorchas de Gedeón contra los madianitas, con la lengua de fuego que fue artificio de guerra en los israelitas pero paloma eucarística en el Jordán? Me ha interesado más, mucho más, don Luis, la literatura de estas almas comerciales judaicobostonneoyorkinas y chicaguinas, que la literatura de nuestros literatos puros y simples: éstos se desvanecen en tonterías; en cambio aquellos les dan vida a las salchichas, agilidad de pensamiento a los empréstitos, blancura espiritual a las concesiones: La United Banana viene a salvarnos de la crisis conforme al cantar de sus portaliras, y el Trust Eléctrico que nos amenaza es una institución de caridad en los poemas de sus líricos Esfialtes.*

Le he leído con cariño, porque sus canas quedan cortas para contar sus virtudes ciudadanas. "Life inmense in passion, in pulse and power". Qué hermoso que tengamos hombres como Ud. en Costa Rica! Los *Pétalos Sueltos* ya supe que son de una bella flor blanca que es la vida enérgica de Ud., ejemplar de ciudadanos: por eso me sumergí en su lectura, anheloso de saborear, una vez más, lo recóndito de una alma pura en un ciudadano sin tacha; el *quid divinum*, en la trinidad de *lux, et veritas et vita:* no es ésta la aspiración de toda alma pura?

Debía encontrar, desde luego, las palpitaciones del mundo, algo de lo que está pasando hoy en el mundo: el retorno a Jesús. El problema social de nuestros días, que la "Quadragésimo Anno" encarrila con cálculo hacia el obrero, el alma suya lo define también con la idea salvadora de Jesús, (página 24): "El Obrero".

"No han sido nunca tus esfuerzos vanos:
tu pensamiento se inspiró en la idea
de un Revolucionario de Judea
hijo de una familia de artesanos".

El retorno a Jesús, que cada vez más se impone, lo siente Ud. con una dulzura profunda. A su hija Victoria le aconseja: "Apréndete el "Sermón de la Montaña" (pag. 39), y al referirse a la voz de Jesús, me ha hecho guardar en la memoria párrafos de una emoción encantadora:

"Quién no escucha esa voz, santa y sublime,
sin sentir, en estático embeleso,
que en la conciencia la Verdad se imprime!

Quién no siente, de amor en el exceso,
si el infortunio nuestra vida azota,
la caricia dulcísima de un beso,

cuando en sus labios la palabra brota!".

Cuando veo a los jóvenes jactarse de liberales ante los viejos, me da una risa, don Luis! Cogen lo liberal por el pan del panadero, que adobamos por las mañanas con mantequilla todos los días, todos los días . . . Qué se pensarán que es liberalismo? Yo los deseara ver ante las estrofas de Ud., si es que creen que liberalismo es atacar sólo una clase de fanatismo, en lo cual son más fanáticos que todos los fanáticos que atacan. La libertad de Ud. resulta más efectiva en sus estrofas—así tenía que serlo—, que en todos los aspavientos de liberalidad de tantos "jóvenes", mozalbetes y setentones—: el Jueves Santo, en las soledades del Irazú, evoca Ud. a Jesús:

"Para evocar tu nombre soberano,
no busco la basílica cristiana
donde se yergue el fanatismo insano".

y al referirse al fanatismo, dice Ud. al Nazareno, que

. . . "del regio Himalaya de tu gloria
con la chusma otra vez te llevaría
al Gólgota la torpe clerigalla".

Conste que yo no creo, con Cardoza y Aragón, que haya hoy hombres capaces de crucificar de nuevo a Jesús, sino que, como Jesús le dice al Padre en el Consejo convocado para ponerle fin a los males de la Tierra, si Él volviera, lo harían podrirse en una celda, o lo sentarían en una hermosa silla de acero, para la descarga eléctrica, como cualquier hijo de vecino, o cuando menos lo harían morir en la miseria sin permitirle nunca levantar cabeza. Pero, cuál de estos jóvenes habla con la sinceridad con que Ud. habla con respecto a las infantiles elucubraciones eclesiásticas de nuestras aldeas? Yo los deseara más bien conservadores, al estilo del Sumo Pontífice en su "Quadragésimo Anno"!

Bajo el amparo de su hospitalidad Rubén Darío escribió, aquí, en Heredia, algunos de sus poemas inmortales; entre ellos, el *Coloquio de los Centauros*, historia o leyenda; los cariños de Ud. para el bardo más revolucionario de nuestros tiempos no fue deliquio del destino; el cariño de ese loco de sangre del alma, por Ud., imprime ante las miradas de los jóvenes revolucionarios modernistas "un perfil de la realidad de la convivencia de los altos espíritus".

Claro está que Ud. " no es un poeta modernista, inquietado por extrañas manifestaciones de sensibilidad ni por el afan de crear formas nuevas", como dice en sus palabras preliminares don Rómulo. Y qué, ¿acaso no leemos a Homero y a Píndaro en prosa, y ninguna literatura de hoy tiene el ritmo de los poetas griegos, y en nuestra literatura castellana hay múltiples formas rítmicas que desconocen nuestros versolibristas y que ya he citado y qué no cito ahora por no parecerle detallista inútil?

Mi natalicio, por ejemplo, tiene en mi sentir un vigoroso poder literario, salvo que se lo neguemos a nuestro clásico "Martín Fierro'. Y su poema a *El Maíz* está a la par de la famosa Oda de Bello: prescindamos de la *Oda a la Agricultura en la Zona Tórrida*, y prescindamos de su oda al maíz! Se lo quiero decir más enfáticamente: un poema como *Mi Natalicio* lo coloca a Ud. a la altura del autor del *Martín Fierro*, y un poema como *El Maíz* lo hace hombrearse con Bello. Si esto no lo comprenden los jóvenes, me quedo condenado como "modernista", como en la maldición bíblica, por "seacula seaculorum, Amén".

Vaya mi para-bien, don Luis, y mi cordial apretón de manos por su libro de *Pétalos Sueltos* de la flor que es su vida.

Suyo affmo.,

Rafael Estrada

Tablero

=1931=

De Sanín Cano a Fernando González

(Párrafos de una carta)

Buenos Aires, marzo 11-31.

Mi querido amigo:

Mil gracias por su interesantísima del 23 de enero. Ya ve usted a qué distancia vivimos: 46 días de Medellín a Buenos Aires! De Buenos Aires a Valparaíso dos días, de Valparaíso a Buenaventura doce y de Buena Ventura a Medellín 32 días mortales. Con razón que en vez de usar el ferrocarril y los ríos interiores navegables hubiera usted preferido hacer el "Viaje a pie". Las letras salieron ganando y también el pensamiento colombiano, que daba ya señales alarmantes de anquilosamiento.

He leído con muchísimo interés su primer tomo de *Mi Simón Bolívar*, y con un gran temor de que se me acabara antes de recibir el segundo. Mis temores se han realizado y me he quedado con el sabor en las membranas espirituales y sin la esperanza de reanudar pronto la lectura de una obra llena de pensamiento, de vitalidad comunicativa y de entusiasmo por alguna cosa. Su libro me ha hecho ver al Libertador por aspectos por los cuales yo no lo había contemplado tan detenidamente como él lo merece, y es seguro que el segundo tomo revelerá nuevas comarcas. Me ha sorprendido que yo no lo conociera sino muy superficialmente como escritor. Si ese hombre se hubiera dedicado a las letras le habría dado a España y a Suramérica lo que no tuvieron esas desgraciadas comarcas en la primera mitad del siglo XIX: un escritor de prosa. Jovellanos sabe a ropa almidonada y Larra, con todo su talento literario, no esconde su educación francesa y su inexperta juventud. ¡Si hubiera vivido!

No extraño que en Colombia se hayan amoscado porque usted no le tiene afecto a Santander. Aunque el hombre no es de todas mis simpatías, creo que históricamente, con el documento en la mano, se puede hacerle desempeñar mejor figura que la que usted le impone. Pero eso no tiene importancia. Sobre Napoleón se pueden escribir páginas importantes viéndolo desde el ángulo en que lo contempló Taine y observándolo desde el nivel en que se colocó Ludwig. Asunto de perspectivas. Molestarse porque la gente no tiene acerca de los hombres las ideas consagradas por la tradición, la indiferencia, o la falta de análisis, es como usar de malas palabras contra los que han tratado de reemplazar la geometría de Euclides con la otra que del punto de vista artístico es igualmente interesante. A mí las matemáticas me interesan horriblemente, porque me sirven para satisfacer anhelos de arte. Nada me importa que sean exactas, verdaderas o falsas.

B Sanín Cano.

Lecciones de dignidad

=De *La Vanguardia*. Buenos Aires.=

Damos a continuación el texto de la nota por la que nuestro compañero el doctor Alfredo L. Palacios hizo renuncia de la dirección de los *Anales* de la Universidad de La Plata.

"Buenos Aires, 20 de abril, 1931.

Señor decano de la facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad nacional de La Plata, doctor David Lascano:

Antes y después del 6 de septiembre se produjeron en la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires, de la cual era decano, acontecimientos de verdadera trascendencia histórica, que consideré indispensable registrar en los *Anales* de la Facultad de ciencias jurídicas y sociales de la Universidad de la Plata, que tengo a honra dirigir.

Es así cómo en la sección "Notas y comentarios" trascribí de *La Nación*, *La Vanguardia* y otros diarios de la capital, una serie de documentos, entre los cuales aparecían la resolución del decano del 5 de setiembre, pidiendo la renuncia del presidente Irigoyen; la comunicación del juez federal doctor Jantus de que el "klan" radical preparaba un asalto a la Facultad, y el decreto del decano de 7 de septiembre desconociendo al gobierno provisorio y expresando que el poder debía entregarse al presidente de la Suprema Corte, para que convocara inmediatamente a elecciones.

Habíanse repartido ya cien ejemplares de los *Anales* a los profesores de la Facultad, cuando el gobierno ordenó a la policía el secuestro de los ejemplares que se encontraban todavía en la imprenta.

Debido a las gestiones del señor presidente de la Universidad y del señor decano, a quienes di cuenta del hecho, tres meses después, el gobierno ha permitido la circulación de los *Anales*, previo desglose de las notas que se juzgaron subversivas.

Considero que en estas condiciones no puedo permanacer al frente de la publicación de la Facultad, y por eso presento mi renuncia indeclinable del cargo de director de los *Anales*.

Agradezco al señor decano la honrosa designación de que fuí objeto, y dejo constancia de mi protesta como profesor universitario por la medida del gobierno que atenta contra la autonomía de nuestra casa de estudios.

Nuestros compañero el doctor Alfredo L. Palacios ha dirigido ayer al interventor en la Facultad de ciencias económicas, la nota que damos textualmente a continuación, en la que hace renuncia de la cátedra que ocpara por espacio de largos años, con unánime aplauso:

La nota dice así:

Buenos Aires, mayo 18 de 1931.—Señor delegado interventor de la Facultad de ciencias económicas, doctor Vicente Fidel López:

He recibido su nota del 15 de mayo corriente, remitiéndome copia de la resolución por la cual el señor delegado interventor me impone "la suspensión de un mes en el ejercicio de mis funciones docentes".

Sin referirme a los fundamentos del decreto, que no puedo aceptar sino en cuanto se afirma que me he declarado único responsable de la publicación aparecida en *La Vanguardia*, expreso al señor delegado que mi dignidad de maestro es incompatible con la medida disciplinaria impuesta.

Tengo un concepto tan elevado de mi investidura de profesor universitario, del carácter que he adquirido al sentarme en la cátedra, al tomar posesión de la dignidad que más he ambicionado, porque me parecía la más alta, que no concibo la posibilidad de aceptar un castigo por haber ejercido mi derecho. Si lo aceptara, el educador se habría convertido en un empleado; acaso en un "honrado funcionario"; podría aspirar a que se me llamara "un distinguido profesor", pero mi vida personal sería mezquina y no podría con valores propios, iluminar el alma de la juventud, orientándola con el ejemplo de una conducta clara y limpia. Lo que es cosa del espíritu se habría convertido en un despreciable recurso verbal, ajeno a toda idealidad. Y los ideales son como las antorchas. Cuando se encienden, esparcen más humo que llama; mientra arden plenamente y se convierten en luz que ilumina a los hombres, amenazan abrasar la mano que las sostiene y las defiende. Si se apagan, ya no son peligrosas para aquel que las esgrime, pero no alumbran a nadie . . .

No quiero trabajar sólo por el jornal, porque eso es servidumbre. Messer ha dicho, con razón, que el obrero no debe trabajar únicamente con sus manos; que el profesor no debe trabajar, sólo con el cerebro. El trabajo y su sentido lo decide el corazón y la voluntad.

Por todo esto, que justifica plenamente mi retiro de la Facultad de ciencias económicas, presento al señor delegado mi renuncia del cargo de profesor de legislación del trabajo, que he desempeñado durante diez y seis años y que no solicité, pues le consta al señor delegado que los maestros Manuel B. Gonnet y Antonio Dellepiane me lo ofrecieron en nombre del consejo directivo.

Confieso que abandono esa casa de estudios, que era para mí un hogar espiritual, con verdadero dolor, pero con la convicción de haber cumplido un deber.

Mantengo mi fe en la juventud, cuya misión es lograr que la Universidad incorpore a su acervo los nuevos valores; que tiene en sus manos los destinos futuros de la patria, y que por eso ha de combatir la acción nefanda y disolutiva del materialismo sensualista, afirmando que la ética debe ser la base de la vida colectiva y el cimiento y la cumbre de nuestro idealismo.

Aprendan los jóvenes a desterrar las ambiciones personales, que son causa irremediable de nuestra esterilidad; aprendan, también, la disciplina y la perseverancia, pues nada se logra en la vida sin sacrificio ni abnegación, ni se realiza sin obediencia, bien entendido que ésta ha de consistir en ser fieles al principio o a la ley que nos hayamos fijado. La libertad sólo se conquista obedeciendo a los dictados imperiosos de la propia razón.

Y ésta es, señor delegado, mi última lección en la Universidad de Buenos Aires: una lección de dignidad.

Expreso mi simpatía cordial a los profesores de la Casa, camaradas a quienes me vincula un hondo afecto; y con la más distinguida consideración saludo al señor delegado, a quien pido acepte mi renuncia cumpliendo con su deber, como yo cumplo con el mío.—fdo. ALFREDO L. PALACIOS.

El doctor Alfredo L. Palacios se ha dirigido al decano de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, doctor Clodomiro Avalía, contestando la nota en que éste le pedía el envío de un retrato, para completar la galería de efigies de los ex-decanos.

Después de agradecer la gentileza, manifiesta el doctor Palacios lo siguiente:

Entiendo que la tradición de la Casa de Estudios que tuve a honra dirigir en los días acaso más difíciles de su existencia, ha sido la de colocar en sus aulas y salones los retratos de sus decanos como un homenaje póstumo. Pero, si por razones que ignoro se ha creído necesario quebrar esa tradición, hasta ahora respetada, ha de permitirme el señor Decano que le exprese mi opinión con toda franqueza.

Considero que en este momento histórico, no es discreto discernir honores o tributar homenajes.

Los ex-Decanos que vivimos, hemos actuado en estos últimos meses y seguimos actuando, a veces con pasión incontenida, preocupados con los graves problemas nacionales que apresuradamente se tornan más imperiosos y trascendentes. Algunos han sido encarcelados, o exonerados de sus cátedras, o suspendidos en el ejercicio de sus funciones docentes. No es el momento, pues, de llevar sus retratos a las galerías. Tal gloria y tales honores pudieran resultar muy fugaces.

Paréceme, en cambio, conveniente esperar a que el país vuelva a la normalidad institucional. Serenados, entonces, los espíritus y recobrada la autonomía de la Universidad, podría saberse ya quienes son dignos de aparecer en una galería que preside la figura augusta de Manuel Obarrio, de quien se dijo que nunca faltó a la verdad ni defendió causa injusta. No creo que podamos considerar suficiente título el haber dirigido esa Facultad, para merecer el insigne honor de que nuestros retratos se exhiban en la Casa donde se enseña el derecho.

(*El Mundo*. Buenos Aires.)

Los Fascistas argentinos asaltan la casa del maestro Alfredo Palacios

Noticias recibidas de Buenos Aires nos informan que los pretorianos de Uriburu, los hombres de la Legión Cívica Argentina, han asaltado el estudio del maestro Alfredo Palacios, una de las figuras de más talla intelectual y moral de nuestro continente.

En el asalto, los legionarios del nuevo fascio han llegado hasta forzar las cerraduras, romper los vidrios y sustraer los papeles de la oficina del ilustre profesor y hombre público.

Con ser un atentado que no puede menos que arrancar la protesta y suscitar la indignación de todos los hombres honrados, no es, en absoluto, insólito. Nada hay más peligroso para los regímenes personales, asentados en el despotismo y la arbitrariedad, que la inteligencia libre, el pensamiento creador, el ejercicio amplio y abierto de la democracia.

Por eso, los salteadores fascistas de todas partes del mundo parece que sintieran la necesidad de despoblar la tierra de sus mejores fuerzas espirituales.

El caso del maestro Palacios, perseguido y acosado en su propio estudio, amenazado con el retiro de sus cátedras, reducido casi a la inacción y a la miseria, es un buen ejemplo de lo que son y serán en nuestra América esos remedios militares del *duce*, soldadotes instintivos y brutales que por un complejo de inferioridad odian todo lo que se conspira sobre sus escasas inteligencias.

La Tribuna, es órgano aprista que interpreta el sentimiento de las mayorías productoras del Perú, protesta por el abuso cometidos en la persona del ilustre maestro argentino y cumple con enviarle en esta oportunidad su adhesión y su saludo admirativo.

(*La Tribuna*. Lima.)

Imp. Alsina (Sauter, Arias & Co.) San José, Costa Rica